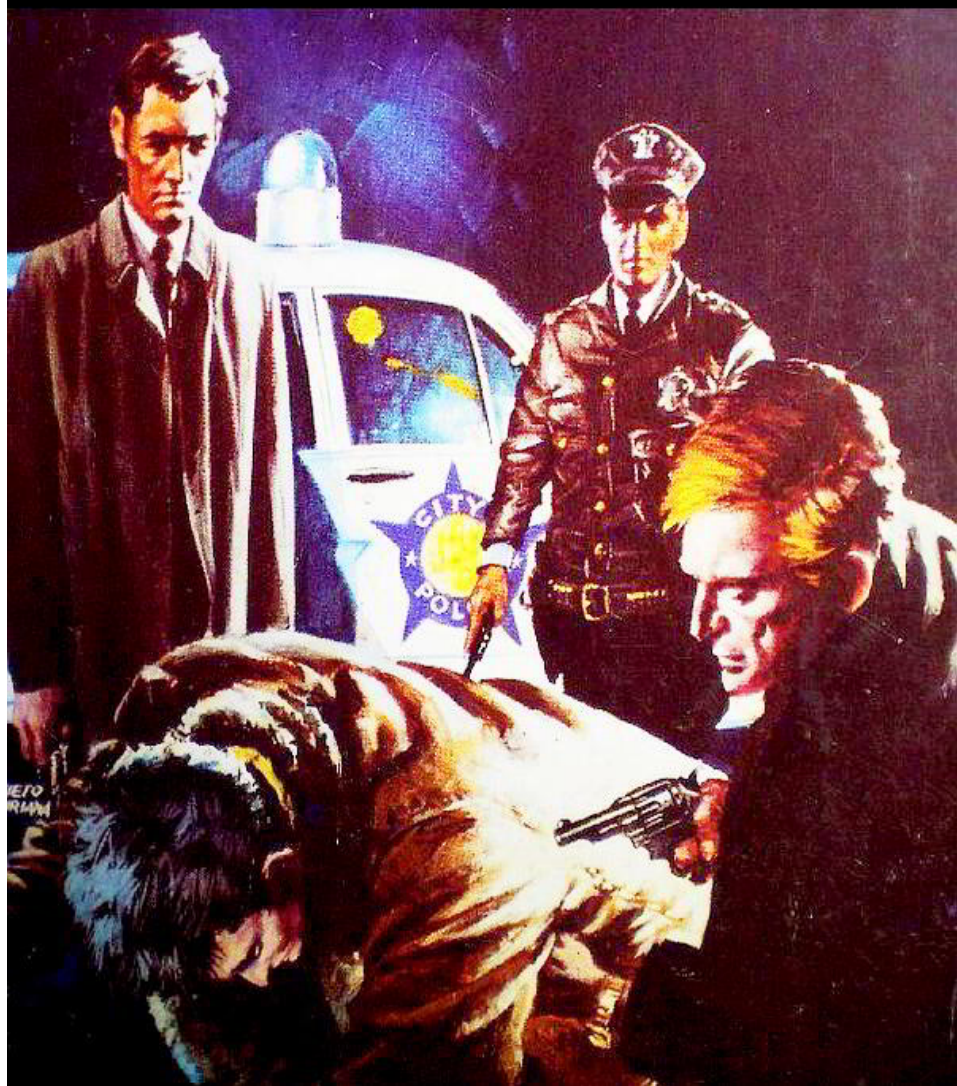


SERVICIO
SECRETO

SS

OPERACION UTOPIA

Adam Surray



Ned Altman empequeñeció los ojos.

Tal vez para centrar mejor su mirada en el individuo.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Abundante y descuidado pelo negro. Ojos oscuros. Nariz perfilada. Mentón cuadrado... Sus facciones, aunque correctas e incluso atractivas, acusaban una sempiterna indiferencia. Una expresión de hastío que resultaba irritante.

Vestía chaquetilla de pana que pedía a gritos un pase por la lavandería. La camisa con los dos botones superiores sin ajustar. El nudo de la corbata desplazado. El pantalón había perdido la raya. Los zapatos también requerían un buen lustre.



Adam Surray

Operación utopía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1522

ePub r1.0

Lds 20.01.19

Título original: *Operación utopía*

Adam Surray, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

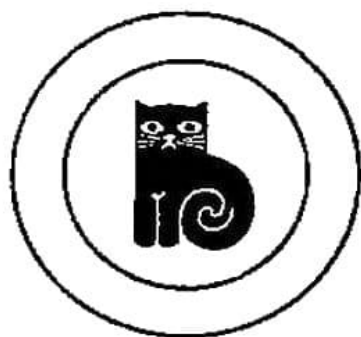
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Ned Altman empequeñeció los ojos.

Tal vez para centrar mejor su mirada en el individuo.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Abundante y descuidado pelo negro. Ojos oscuros. Nariz perfilada. Mentón cuadrado... Sus facciones, aunque correctas e incluso atractivas, acusaban una sempiterna indiferencia. Una expresión de hastío que resultaba irritante.

Vestía chaquetilla de pana que pedía a gritos un pase por la lavandería. La camisa con los dos botones superiores sin ajustar. El nudo de la corbata desplazado. El pantalón había perdido la raya. Los zapatos también requerían un buen lustre.

Ned Altman terminó por mover la cabeza de un lado a otro.

—Eres un bastardo, Clive.

Clive Lemmon esbozó una sonrisa.

Sin apartar el cigarrillo de la comisura de los labios.

—*Okay*, Ned. Y ahora suelta la pasta.

Ned Altman, acomodado en un sillón giratorio, abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo unos folios mecanografiados y unidos por grapas que arrojó sobre la mesa. En la primera de las hojas, en gruesas letras rojas, destacaba el título:

El descuartizador de Louisville.

—Aquí tienes, Clive. Se acabó.

Lemmon también entornó los ojos.

Fijos en Ned Altman. Un individuo que ya había dejado atrás los cincuenta años de edad. Semicalvo. Adiposo. Una obesidad que ganaba día a día sentado tras la mesa escritorio.

—¿Qué quieres decir, Ned?

—¡Maldita sea! —Altman descargó el puño derecho sobre los

mecanografiados folios—. ¡Esto es basura, Clive! El asesor literario ha vomitado y yo difícilmente he controlado las náuseas.

—¿Asesor literario? Déjate de eufemismos. Tu editorial está especializada en bazofia. ¿Qué infiernos te ocurre?

—Eso te pregunto yo, Clive. Hace más de un año que empezaste a colaborar con la Altman Publishing. Te he publicado más de cincuenta novelas de terror y policíacas. Al principio muy bien, pero últimamente resultan ya impublicables. Ésta... *El descuartizador de Louisville*... Apesta a *whisky*. ¡Cada folio apesta a *whisky* barato! Apuesto a que la has escrito en pleno *delirium tremens*. Sólo así se explicaría tan nauseabundo argumento. Hablo en serio, muchacho. ¡Produce náuseas!

Clive Lemmon se aproximó apoyando las manos sobre la mesa.

Se inclinó hacia Altman.

—¿Náuseas? Escucha con atención, hijo de perra piojosa... Cuando entré por primera vez en tu maldita editorial llevaba bajo el brazo un buen original. Una magnífica novela. Recuerdo tu respuesta, bola de sebo.

—Tranquilo, Clive, tranquilo... También yo la recuerdo. Ciertamente aquella novela era buena. Demasiado buena para la Altman Publishing. Aquí no tienen cabida los originales superiores a los ciento cincuenta folios y nuestro único género literario son las novelas populares de acción y aventura.

—¡Oh, sí!... Acción y aventura. Ése fue tu consejo... ¿Por qué no escribir algo policíaco, de terror...? Algo con mucho sexo, mucha violencia, mucha sangre, mucho sadismo... Nuestros lectores quieren eso y se lo suministramos en cantidades industriales. Ésas fueron tus palabras, Ned. Me largué de aquí, pero ante la imposibilidad de colocar mi novela en ninguna editorial volví a las pocas semanas. Con un original de terror. Y siguió otro. Y otro...

—Últimamente tus novelas son demasiado... No sé cómo explicarlo. Cierto que el público es morbosos. Ávido de violencia, sexo y emociones fuertes; pero tú te pasas de bestia.

—¿De veras? Puedo serlo aún más, Ned.

Altman intuyó la velada amenaza.

Forzó una sonrisa.

—Cree que lo lamento, muchacho; pero hemos decidido no aceptarte ningún otro original. La mayoría de los escritores se

queman por falta de imaginación. Tu caso es el contrario. Te has abrasado en tu propio infierno. Reconócelo, Clive. Sólo escribes cuando necesitas dinero. Te encierras en tu habitación con una botella de *whisky* y en cuatro horas me presentas una novela. Luego no vuelvo a saber de ti hasta que gastas el último centavo.

—Necesito dinero, Ned.

El editor asintió sonriente.

—Correcto, muchacho. En recuerdo a tu colaboración para la Altman Publishing te daré una gratificación de doscientos dólares que...

El movimiento de Lemmon fue rápido.

Extendió las manos atrapando a Ned Altman por las solapas. Lo zarandeó con violencia.

—¡No quiero limosnas, Ned! Te estoy pidiendo lo que me pertenece.

—Te he pagado...

—Seguro. He empapelado las paredes del *water* con los contratos de edición; pero yo quiero ahora el porcentaje que me corresponde por las ediciones piratas que has lanzado a mis espaldas.

—Eso no es cierto, Clive. He pagado conforme al número de ejemplares que figura en contrato. No hemos lanzado...

Clive Lemmon le abofeteó el rostro con la zurda. Dos trallazos que quedaron marcados en el mofletudo rostro del editor.

—¿Me tomas por idiota? Sé que no lo puedo probar. Que tienes todos los papeles en regla, pero también me consta que he sido engañado. Me conformo con dos mil dólares, Ned. Tienes dos opciones. Me pagas... o cobras. ¿Qué decides, tocino?

Altman asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Te... te los daré..., firmaré un...

—Nada de cheques, Ned. En efectivo. Sácalos de la caja. No digas que no tienes porque te haré saltar un par de dientes.

—Te arrepentirás de...

—Ya estoy arrepentido, Ned. Maldigo el día en que pisé tu pocilga. ¡Y ahora muévete!

Ned Altman manipuló en el último de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo una pequeña caja de caudales que abrió con torpes movimientos. Retiró dos mil dólares.

Dirigió a Lemmon una rencorosa mirada.

—No podrás disfrutarlos, Clive.

—Por supuesto que no. Después de pagar mis deudas me quedarán unos pocos centavos. Adiós, Ned.

—Pronto te haré llegar noticias mías, muchacho. Voy a denunciarte por robo y malos tratos.

Lemmon sonrió.

Deliberadamente arrojó el cigarrillo sobre la alfombra. Acto seguido abandonó el despacho. Antes de cerrar por completo la puerta vio como Ned Altman se incorporaba pesadamente para retirar la colilla.

Aquello hizo que la sonrisa volviera a los labios de Lemmon.

Recorrió la amplia sala.

Apestaba a sudor.

El aire acondicionado no funcionaba. Ordenes de Ned Altman para ahorrarse unos dólares. Dibujantes, rotuladores, guionistas, correctores..., todos sudando como condenados. Había que trabajar duro para engordar a bastardos como Ned Altman.

Una vez fuera del edificio, Clive Lemmon respiró con fuerza.

Union Street, como las restantes calles de San Francisco, rebosaba contaminación; no obstante, resultaba una atmósfera más limpia que la existente en la Altman Publishing.

Al menos para Clive Lemmon.

Se sentía feliz de haber roto definitivamente con la editorial. Ya no volvería a escribir aquella basura para morbosos. Ya no volvería a escribir nada. Se había cerrado una etapa. Otra más. Otro fracaso más en la vida de Clive Lemmon.

CAPÍTULO II

Barrio Balsam. A poca distancia de Telegraph Hill y bordeando The Embarcadero. Uno de los barrios más heterogéneos de San Francisco. Los italianos, españoles y portorriqueños que no encontraban acomodo en el Barrio Latino se refugiaron en Balsam. También algunos chinos.

Barrio Balsam recibía a todos con los brazos abiertos. Los apretujaba, les sacaba el jugo y luego los arrojaba a la Bahía.

No.

No es fácil vivir en Barrio Balsam.

Ni en ningún otro lugar.

Clive Lemmon estacionó su auto frente a la entrada del Roxy Club. En la Daws Avenue. En el corazón de Barrio Balsam.

Descendió del vehículo. Un Ford «Mustang» cupé de dos puertas y cuatro plazas. De enésima mano. Pintura descascarillada. Tapizado color sucio. Abolladuras en el guardabarros y por toda la carrocería. Lo único salvable era el motor. Aún respondía a la perfección.

Roxy Club ya tenía funcionando sus multicolores letras del anuncio de neón.

Clive Lemmon no llegó a la entrada.

Un individuo le cortó el paso.

—¡Maldito sea, Lemmon! ¡Le he esperado durante horas!... Sabía que tarde o temprano se dejaría caer por aquí. Hoy cumple el plazo. Quiero que quite todas sus cosas del apartamento y...

El individuo enmudeció al ver como Lemmon sacaba un fajo de billetes.

—¿Cuánto le debo de alquiler, Salkow?

El llamado Salkow demoró unos instantes la respuesta.

Contemplaba estupefacto el fajo de billetes. Reaccionó:

—Cuatrocientos cincuenta dólares.

—Aquí los tiene.

Salkow los atrapó rápidamente. Temiendo que fuera un sueño y se desvanecieran en el aire.

Sonrió hipócritamente.

—Gracias, señor Lemmon. Le ruego disculpe mi rudeza anterior. Nunca he dudado de su...

—Salkow...

—¿Sí, señor Lemmon?

—¡Váyase al infierno!

Clive Lemmon apartó al individuo para adentrarse en el Roxy Club.

El local estaba bastante concurrido. La tenue luz existente resultaba aún más mortecina por el humo del tabaco. Perfume de mujer. Almizcle, sándalo, clavo, té... entremezclados desagradablemente con el olor a bestia humana.

Las mesas se agrupaban en total desorden alrededor de la pista. Varias parejas simulaban bailar, pero no era cierto. Los hombres manoseaban a las mujeres como auténticos pulpos. Aprovechando al máximo el boleto.

Lemmon llegó al mostrador situado al fondo de la sala.

La mayoría de los taburetes ocupados por mujeres de maquillado rostro y audaz vestimenta. Mostrando con generosidad sus ya marchitos encantos que la penumbra reinante semiocultaba. Cada una de ellas con su talonario de boletos. Cada tres minutos de permanencia con un cliente significaba un tíquet. A medio dólar el boleto.

Clive Lemmon se acomodó en uno de los taburetes.

El barman, un individuo de color, se aproximó con compungida mueca.

—Lo lamento, muchacho. Tengo orden del patrón de no...

—Tranquilo, Sammy —interrumpió Lemmon, con una sonrisa—. Vengo de asaltar el Federal Reserve Bank. ¿A cuánto asciende lo mío?

Sammy tornó su mueca en sonrisa.

—Voy a necesitar echar mano a la calculadora. ¿Lo de siempre mientras hago las sumas?

«Lo de siempre» resultó ser un explosivo combinado a base de cerveza y ginebra.

—Doscientos sesenta dólares, Clive —el barman depositó sobre el mostrador varios vales firmados.

Lemmon apartó trescientos.

—Quédate con el resto, Sammy. En compensación a lo que no has contabilizado. Eres un buen chico.

—¡Diablos!... Va a resultar cierto lo del Federal Reserve Bank.

—¿Está el patrón en «La Caldera»?

—Seguro.

—Iré a saldar cuentas con él —comentó Lemmon, vaciando el vaso.

—Sabia decisión, muchacho. Ya había amenazado con enviarte a sus gorilas.

Clive Lemmon se encaminó hacia una puerta situada tras el entarimado de la orquesta. Hizo caso omiso a la advertencia de «prohibido el paso», y empujó la madera.

Douglas Johnson estaba allí. Como siempre. Con los pies sobre la mesa. En sus manos un cómic de The Lone Ranger.

—Hola, Douglas.

El individuo parpadeó. Sin duda aún soñando con las aventuras del jinete enmascarado.

—Hola, Clive...

—Dame paso. Quiero platicar con Hopkins.

Douglas Johnson se incorporó. Su corpulencia quedó de manifiesto. Su aspecto de catcher era real. Había deambulado por el *ring* años atrás en la categoría de los pesados. Presionó un botón camuflado en la pared.

Se abrió una puerta que hasta entonces había permanecido invisible.

Aquello era «La Caldera».

Un nombre muy apropiado para definir aquella amplia sala. La atmósfera resultaba casi irrespirable. Los hombres se volcaban sobre las mesas de dados. Otros se agrupaban para realizar sus apuestas. Aquel negocio clandestino era la principal fuente de ingresos de Brad Hopkins, propietario del Roxy Club.

Clive Lemmon atravesó la sala correspondiendo a varios saludos. Después de sortear las diferentes mesas de juego llegó ante una

puerta custodiada por un individuo del mismo molde de Douglas Johnson.

Entró en el despacho privado de Hopkins.

—Buenas noches, sanguijuela.

Brad Hopkins alzó la mirada. Su blanquecino rostro simuló una mueca de asombro.

—¡Clive, muchacho!... Te hacía ya en la bahía con unos zapatos de cemento. Creí haber dado esa orden a Douglas.

Lemmon sonrió.

El bueno de Brad...

—Aquí tienes el dinero, Brad. Ochocientos dólares. Sumados los intereses. Dame los pagarés.

Brad Hopkins bordeó la mesa escritorio para situarse frente a un armario metálico. Abrió el segundo de los cajones.

—Celebro que hayas cumplido con el pago, Clive. Me caes simpático.

Lemmon fue comprobando los recibos.

—Adiós, Brad.

—¿No piensas darte una vuelta por la mesa de dados? Son tu especialidad. Puede que hoy sea tu día de suerte, muchacho.

—Para los tipos como yo no hay día de suerte.

Clive Lemmon abandonó el despacho.

Al pasar junto a una de las mesas de dados no resistió la tentación. Poco más tarde salía de «La Caldera» con ciento cincuenta dólares menos.

No.

Todos los días eran cenizos para individuos como Lemmon.

Buscó el consuelo en otra jarra de cerveza con ginebra.

Una mujer se aproximó al mostrador sujetando con la zurda uno de los tirantes del vestido.

—El muy marrano... Con sólo un tíquet y casi me viola en la pista. Son todos unos hijos de...

—¿Qué te ocurre, Gladys? —sonrió Lemmon—. ¿Problemas?

La mujer se acomodó en el taburete contiguo.

—Hola, Clive. Lo de siempre. Un hombre-pulpo me sacó a bailar y por poco me desnuda.

En verdad no se necesitaba mucho para desnudarla.

Gladys lucía un vestido de frágiles tirantes. Escote en pico que

descubría hasta el ombligo. Los opulentos senos femeninos asomaban provocativos al menor movimiento.

—Muy lamentable. —Lemmon chasqueó la lengua—. Ya no quedan caballeros.

—Se asegura que Grant terminó con todos ellos. ¿Sabes quién era Grant?

—¿Un corredor de apuestas?

La mujer rió divertida por la fingida ignorancia de Lemmon.

—¡El general Grant! El vencedor yanqui que aniquiló a los caballeros del Sur. Es una romántica historia.

Clive Lemmon esbozó una sonrisa.

Recientemente un canal de televisión había pasado el inmortal *Lo que el viento se llevó*. De la Guerra de Secesión, Gladys sólo había asimilado su lado romántico.

—¿Por qué no me cuentas esa historia en mi apartamento, Gladys?

La mujer dirigió una mirada a izquierda y derecha.

Sus ojos pugnaron por romper la penumbra reinante.

—Lo lamento, Clive. No termino mi turno hasta dentro de cuatro horas. Demasiado arriesgo hablando contigo sin pedirte los correspondientes boletos. Ya sabes cómo es Brad. No quiere que las chicas pierdan el tiempo. De buen grado me...

Se acercó un individuo bajito y con gafas de miope. Portaba entre sus manos un talonario de boletos adquirido a la entrada. Se le empañaron los cristales de las lentes al fijar su mirada en el escote de Gladys.

—¿Está disponible, señorita?

Gladys le sonrió con nulo entusiasmo.

—Por supuesto, encanto. ¿Qué te parece si nos sentamos en una discreta mesa y...?

La mujer se alejó con el miope, no sin antes arrebatarle astutamente el talonario de tíquets.

Clive Lemmon vació la jarra.

Se despidió de Sammy, encaminándose hacia la salida.

No encontró diferencia entre el viciado aire del Roxy Club y la atmósfera exterior. Con un cigarrillo en los labios se acomodó frente al volante del viejo «Mustang».

Dudó antes de iniciar la marcha.

¿Adónde ir?

La soledad del apartamento le asustaba. No tenía amigos. Se encontraba solo como un perro vagabundo. Espantosamente solo en una ciudad cuya zona metropolitana superaba los tres millones de habitantes.

Su mente recordó la casa de Cynthia. Un burdel de alegres muchachas. Todavía le quedaban unos trescientos dólares y...

Lemmon arrojó el cigarrillo por la ventana.

No.

No acudiría a comprar unas horas de falso amor. Acababa de recordar a un buen amigo. Uno de esos que jamás vuelven la espalda.

Recorrió la Daws Avenue. A su cruce con Quayle Street se desvió a la izquierda. Poco más tarde, y sin abandonar Barrio Balsam, se adentró en Penns Street.

Estacionó frente al 1047.

Antes de penetrar en el edificio se pasó por el comercio de Angelo, le pagó los atrasos y se agenció una botella de *whisky*.

Sí.

Una botella de *whisky*.

El amigo que jamás traiciona.

El 1047 de Penns Street era un edificio de gris fachada. Con una humedad interior que se acentuaba por las clásicas neblinas que permanentemente se adueñaban de San Francisco.

Clive Lemmon subió al cuarto piso.

El ascensor no funcionaba, pero aquello no era ninguna novedad.

Colocó la botella bajo el brazo para poder sacar la llave e introducirla en la cerradura.

Abrió la puerta del apartamento.

El *living*, casi inexistente, comunicaba directamente con el salón. Estaba iluminado.

Aquel detalle alertó a Lemmon.

Era muy cuidadoso apagando las luces al salir.

Fue entonces cuando vio a los dos individuos. Les catalogó de inmediato. Apestanaban a policía. Un olor inconfundible para Lemmon.

El bastardo de Ned Altman había sido rápido en presentar la

denuncia.

Clive Lemmon les dirigió una sonrisa.

—Buenas noches, caballeros. No recuerdo haber dejado abierta la puerta del apartamento. La Cuarta Enmienda de la Constitución menciona algo relacionado con la violación de domicilio, ¿verdad?

Uno de los individuos se adelantó.

No pronunció palabra alguna.

Únicamente se limitó a mostrar su credencial.

Clive Lemmon parpadeó al contemplar la placa.

«Federal Bureau of Investigation. Department of Justice».

Eran dos agentes del FBI.

CAPÍTULO III

El de más edad frisaba en los cincuenta años. Rostro de marcadas facciones que denotaban una gran firmeza de carácter. Su compañero no sobrepasaba los cuarenta años de edad.

—Soy Gibson Warden —dijo el de mayor edad—. Inspector del Federal Bureau of Investigation y SAC en California. Éste es el agente Joseph Moore.

Clive Lemmon, recuperado ya de su inicial sorpresa, volvió a sonreír.

—¿De qué se me acusa? No imaginaba que fuera delito federal presionar a un editor.

—No tenemos ninguna acusación contra usted, Lemmon. ¿Espera alguna?

—Mi editor amenazó con denunciarme. Le... solicité el pago de unos atrasos que sumaban dos mil dólares. El, después de abonarlos, consideró que más que un pago fue robo y malos tratos.

—Si esa denuncia llega a presentarse será anulada.

Lemmon entornó los ojos.

Su rostro dibujó ahora una sonrisa irónica.

—¿De veras? Muy amables...

Gibson Warden carraspeó.

Consciente del sarcasmo existente en las palabras de Lemmon.

—Quiero presentarle disculpas por entrar en su apartamento sin previa autorización; pero nos enfrentamos a un caso extremadamente delicado que requiere la máxima discreción. Necesitamos su ayuda, Lemmon.

—Denegada.

Warden y Moore intercambiaron una rápida mirada.

El inspector respiró con fuerza.

—Ignora de qué se trata, Lemmon.

Clive Lemmon estaba junto a un mueble donde desordenadamente se agrupaban libros, papeles, botellas, el televisor, una máquina de escribir... Descorchó la botella de *whisky* sirviéndose un largo vaso.

Se acomodó en uno de los sillones que ocupaban el salón.

—No me interesa ni me importa el problema que tenga entre manos, Warden. No cuenten conmigo para nada.

Gibson Warden endureció las facciones.

—Comprendo. Un tipo rencoroso, ¿eh? Lo sospeché tras leer el informe que me fue facilitado sobre usted. Ingresó a los veintidós años en la Metropolitan Police. Dos años más tarde pasaba al Departamento de Homicidios. Tenía una brillante hoja de servicios. Incluso había sido propuesto para el cargo de sargento cuando...

—No me cuente mi propia vida —interrumpió Lemmon, secamente—. La conozco demasiado bien.

El inspector Warden prosiguió.

Ajeno a la interrupción.

—Una brillante carrera que echó a perder en el caso Dottessio. Disparó contra un hombre desarmado. Poco importa que Mario Dottessio fuese un hijo de perra. No debió convertirse en juez y verdugo. Eso originó su expulsión del cuerpo con deshonor.

Lemmon ahogó un bostezo.

—¿Algo más, Warden?

—No le han ido muy bien las cosas desde entonces, Lemmon. Presentó solicitud de licencia para ejercer como detective privado, pero le fue denegada. Tampoco parece irle muy bien como escritor de novelas baratas.

—No me haga enrojecer, inspector.

—Tengo una buena noticia para usted, Lemmon.

—¿Se marchan?

El agente Joseph Moore intervino con airada voz:

—¡Oiga, Lemmon! No le vamos a consentir...

—Déjeme a mí, Joseph —cortó Warden, acomodándose en el sofá—. Comprendo su enemistad hacia todos nosotros, Lemmon. He estudiado con atención su paso por el Departamento de Homicidios. Su limpia hoja de servicios. Sorprende que un buen policía cometiera tan grave falta. En su declaración afirmó que Mario

Dottesio iba armado y que alguno de sus secuaces hizo desaparecer el arma. Dottesio era el máximo dirigente del vicio organizado en toda la costa californiana. La corrupción alcanzó desgraciadamente a muchos policías, que se dejaban sobornar por el Sindicato del Vicio. El sucesor de Dottesio sigue su misma política. Hubo muchos intereses creados. Había que limpiar la imagen de Mario Dottesio y enturbiar la del Departamento de Homicidios. Se encontró a un chivo expiatorio: Clive Lemmon. No se conformaron con expulsarle del cuerpo. Se le continuó hostigando, denegando la licencia de detective y demás trabajos que requerían un visado oficial. Voy a revisar su caso, Lemmon. Demostraremos que actuó en legítima defensa. Será rehabilitado e incorporado con todos los derechos a su puesto en el Departamento de Homicidios.

—Acaba de disipar todas mis dudas —sonrió Lemmon, llenando de nuevo el vaso de *whisky*—. Si el premio por ayudarles es volver como policía, olvídenme.

—Correcto. Creo que he enfocado mal el asunto. Debí empezar por contarle la gravedad del caso que nos ocupa. Cómo buen ciudadano norteamericano sé que no negará su colaboración.

Lemmon no respondió.

Limitándose a una cínica sonrisa.

—¿Ha oído hablar del profesor Peter Hoffman? Es uno de nuestros más ilustres científicos. Trabajó en la NASA en varios e importantes proyectos. Miembro de la Atomic Energy Commission y en la actualidad director del Laboratorio Atómico de Millsburg.

El inspector hizo una pausa.

Su voz se tornó grave.

—Todo cuanto voy a decirle ahora es confidencial, Lemmon. Considerado por el National Security Council como *top secret*. El profesor Hoffman había realizado una serie de trabajos y proyectos conocidos bajo el nombre de Operación Utopía. La mencionada operación encierra diferentes proyectos. Se ultimó un proceso de conversación termiónica diseñando diodos de plasma que generan electricidad directamente, haciendo innecesarios los generadores. Otro estudio sobre la producción de energía partiendo del deuterio, un modelo de transporte que se mueve por medio de una varilla de uranio o de plutonio...

—¿Por qué no abrevia, inspector?

El hombre del FBI asintió, dirigiendo a Lemmon una dura mirada.

—Únicamente quería informarle de la vital importancia de la Operación Utopía. Cualquier potencia extranjera, con el dossier en su poder, se ahorraría muchos años de investigación científica y económica.

Lemmon se sirvió el tercer vaso de *whisky*.

—Ahora me dirá que los planos han sido robados por el malo. Ya he visto la película, Warden. No me interesa.

El inspector enrojeció.

Por primera vez pareció perder los nervios.

—¿Puedo hablarle con confianza, Lemmon? Es usted un hijo de perra sifilítica.

Clive Lemmon terminó el vaso de *whisky*.

Chasqueó la lengua.

—El FBI, desde la muerte de Hoover, ya no es el de antes. ¡Qué lejos quedan los caballerosos

«G-men

»!

—¿Me permite terminar, Lemmon? Bien sabe Dios el esfuerzo que hago por contenerme, pero nos es usted absolutamente necesario. Pronto lo comprenderá. El dossier de la Operación Utopía no ha sido robado; aunque sí microfotografiado. Los autores del hecho han secuestrado también a la hija del profesor Hoffman. Se han puesto en contacto con él. Quieren un millón de dólares.

El inspector esperó algún comentario de Lemmon, pero éste continuó impasible. La desorbitada suma del millón de dólares ni siquiera le hizo parpadear.

—Un millón de dólares —recalcó Gibson Warden—. Dado el incalculable valor que encierra la Operación Utopía, los pagaríamos a ojos cerrados, pero desconfiamos de la palabra de esos individuos. No piden rescate por Stephanie Hoffman. La chica sólo la quieren como rehén hasta recibir el dinero. Luego la dejarán en libertad. Una forma más de presionarnos... Hemos exigido conocer el alcance de lo fotografiado y el cerciorarnos que Stephanie, está con vida. La respuesta de los secuestradores nos llegó en una cinta magnetofónica. Joseph...

El agente Moore extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un

pequeño cassette portátil. Lo conectó depositándolo sobre la mesa. La cinta comenzó a girar. Sonó una voz masculina:

«—Hola, inspector Warden. Comprendo su desconfianza, pero nosotros también tenemos que ser prudentes. No puedo permitir que uno de sus muchachos entre en nuestro refugio. He elegido a un tipo neutral. Acabo de leer una novela policíaca. Me gustan, ¿sabe, inspector? Es de un fulano llamado Clive Lemmon. Un gran tipo. Siempre hace pasarlas canutas a los policías. Escribe duro. Brutal. Me agradaría conocerle personalmente. El será nuestro enlace, ¿de acuerdo? Llamaré el miércoles para que me dé su conformidad. Saludos respetuosos, inspector».

El cassette enmudeció.

Clive Lemmon sí parpadeó ahora incrédulo.

—¿Y bien, Lemmon? —dijo el inspector—. ¿Comprende ya por qué estamos aquí soportando sus impertinencias? Le han elegido a usted como contacto.

—Mañana es miércoles, ¿no? Cuando llamen respóndales que no acepto. Que busquen a otro.

—Ésa era mi idea, Lemmon; aunque recapacité después de leer su historial. Creí que era un vulgar escritor de novelas baratas, pero también ha resultado ser un ex policía astuto e inteligente. Así consta en su hoja de servicios. Los secuestradores creen haber citado a un simple escritor. Detalles que para otros pasarían desapercibidos, usted puede captarlos y...

—No cuente conmigo.

—¿Por qué?

Clive Lemmon desvió la mirada del vaso de *whisky*.

Posó sus ojos en Warden.

—No necesito darle explicaciones. Soy un ciudadano libre.

—Lo era, Lemmon. Queda detenido por razones de seguridad. Será puesto en libertad cuando se recupere el dossier y el caso Hoffman haya concluido.

Lemmon sonrió.

—Los viejos métodos... Nada ha cambiado, ¿eh? Muy bien, no me importa disfrutar una temporada de la hospitalidad de la... Justicia. ¿Puedo recoger mi cepillo de dientes?

—El profesor Hoffman está dispuesto a gratificarle con cinco mil dólares.

—¿Quiere repetir eso?

—Debió empezar por ahí —sonrió el inspector Warden, despectivo—. Es dinero lo que busca, ¿verdad? Cinco mil dólares son un buen pellizco. Apuesto que tendría que aporrear mucho la máquina de escribir para reunir esa cantidad.

—Cierto. Nos pagan muy mal, inspector. Acepto servir de enlace, pero no por los cinco mil dólares prometidos por el profesor Hoffman. ¿Quién desembolsa el millón de dólares exigido por entregar el dossier?

—El tío Sam, por supuesto.

—No quiero aprovecharme de la desgracia de un padre. Que pague el tío Sam.

—Correcto. Nosotros le daremos los cinco mil dólares, Ahora estudiaremos un plan de...

—Un momento. Gibson —interrumpió Lemmon, con cínica sonrisa—. Del tío Sam quiero cincuenta mil dólares.

* * *

Gibson Warden colgó el auricular.

Dirigió a Lemmon una mirada de profundo desprecio.

—No te enfades, Gibson. Un cinco por ciento es lo acostumbrado. Ya te he dicho que sólo cobraré en el caso de que se recupere el dossier y el millón entregado.

—Demasiado sabes que el FBI recuperará el millón de dólares. Jamás fracasamos. Aunque ahora se entregue el dinero, será recuperado y los secuestradores castigados.

—Te deseo éxito, Gibson —replicó Lemmon, que correspondía con insolencia al tuteo iniciado por el inspector—. Mañana pasaré por mi Banco. Quiero ver ingresados los cincuenta mil dólares en mi cuenta. Yo firmaré un documento especificando que el dinero será mío siempre que se recupere el millón entregado por el rescate.

—¡Maldito bastardo!... —exclamó el agente Moore—. ¿Desconfía de nosotros? El FBI nunca ha faltado a su palabra.

Clive Lemmon rió en burlona carcajada.

—Por favor, Joseph... Lo primero que enseñan en Quantico es a mentir. No hay más que repasar la historia del Federal Bureau of Investigation. Anne Sage traicionó a Dillinger a cambio de diez mil

dólares y la promesa de no ser deportada de los EE. UU. Después de la muerte de Dillinger, Anne fue enviada a Rumanía con tan sólo cinco mil. Esto ocurría en 1934. Las promesas incumplidas del FBI desde entonces hasta la fecha llenarían las estanterías de la Biblioteca Nacional.

—Mañana te serán ingresados los cincuenta mil dólares —dijo Warden, secamente—. ¿Podemos ya empezar a concretar detalles o necesitas el visto bueno del Pentágono?

Clive Lemmon se reclinó en el sillón encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo.

—Adelante, Gibson. Es para mí un gran honor volver a servir a la ley.

Las palabras de Lemmon no encerraban sarcasmo, sino una profunda amargura.

CAPÍTULO IV

Stephanie Hoffman. Dieciocho años de edad. Estudiante en la University of California. Las fotografías mostraban a una bella y sonriente muchacha. En una de ellas, un primer plano de su rostro, se podía apreciar la perfección de sus facciones y el encanto de unos ojos negros a juego con el azabache de sus cabellos.

Clive Lemmon dedicó más atención a otra de las fotografías. Stephanie en bikini.

Un juvenil cuerpo protegido por dos diminutas piezas de tela. Los senos breves y erectos. Cintura de odalisca en perfecta armonía con la suave curva de las caderas.

—Muy bonita...

—Stephanie es hija única —informó el inspector—. Peter Hoffman quedó viudo al poco de nacer Stephanie. No volvió a contraer matrimonio.

—¿Dónde fue raptada Stephanie?

—Ayer. A la salida de la universidad.

Lemmon encendió un cigarrillo.

—¿Y el dossier Operación Utopía? ¿Cómo diablos lograron microfotografiarlo? ¿Lo dejó el profesor Hoffman sobre la mesa de la cocina?

—Desconocemos ese punto, Clive. Muy pocas personas, cuatro científicos para ser exactos, tenían acceso a la C. S.—2 del Laboratorio Atómico de Millsburg. La Cámara de Seguridad número dos, la más reservada y con dispositivos especiales, encerraba el dossier. Lógicamente esos cuatro científicos están siendo investigados y sometidos a discreta vigilancia, aunque resulta absurdo sospechar de cualquiera de ellos. Por sus manos han pasado documentos aún más vitales que los de la Operación Utopía. Son

personas de demostrada fidelidad a Estados Unidos. Estamos también investigando a todos los técnicos, científicos y empleados del Laboratorio Atómico con posibilidades de acceso a la C. S.—2.

—Deduzco que el paso al interior de un laboratorio atómico no estará al alcance de cualquier patán.

—Correcto, Clive. Tú no pasarías. Los controles y vigilancia son muy rigurosos.

—¿Estaba Stephanie informada de la Operación Utopía?

—Superficialmente.

—Puede que los secuestradores solamente sepan lo que han logrado sonsacar a Stephanie.

—Explícate, Clive.

Lemmon succionó el cigarrillo.

—Supongamos que el plan trazado por esos individuos se limitaba al secuestro de la muchacha. A la hora del rescate...

—Descartado —interrumpió el agente Moore—. La fortuna de los Hoffman no es elevada. Únicamente sus honorarios por los diferentes cargos que desempeña y su labor como científico del gobierno.

—Es un científico de renombre. Es creencia popular que el tío Sam paga generosamente a sus empleados. Tal vez los secuestradores imaginen a Peter Hoffman con una ficha anual de jugador del Cosmos. A la hora de fijar la cantidad del rescate, Stephanie les hizo ver su error. Era muy poco lo que podían obtener por ella. Fue entonces cuando, astutamente, le sonsacaron datos relacionados con el trabajo de su padre. Se informaron del proyecto Operación Utopía y ahora quieren aprovecharlo al máximo.

—No es mala hipótesis... —reconoció Warden—. He comprobado personalmente los sistemas de seguridad del Laboratorio Atómico de Millsburg y resulta difícil de creer que personas ajenas hayan logrado llegar hasta la C. S.—2. Tal vez todo sea una fanfarronada de esos bastardos.

—No hubieran aceptado que un enlace comprobara lo fotografiado —argumentó Moore—. Descubriría que...

—No si el enlace es un profano —dijo el inspector—. De ahí que rechazaran a nuestro hombre y se decidieran por Clive Lemmon.

—¿Cómo podré descubrir que lo fotografiado pertenece a la Operación Utopía?

—Muy sencillo, Clive. Los estudios concluidos están en clave. Los proyectos incompletos, sin estar cifrados, resultan igualmente incomprensibles para cualquier profano. Todos ellos, cada uno de los folios o planos, llevan en su parte posterior las siglas «O. U». Pues bien, Clive, el punto que separa las letras es a la vez una especie de contraseña.

—¿Un micropunto?

El inspector del FBI sonrió.

—Correcto. Apuesto a que lo has utilizado en alguna de tus basuras literarias. Consiste en fotografiar unas palabras con la ayuda de un microscopio invertido y se obtiene una foto del tamaño de un punto. Un punto no mayor al de una carta mecanografiada. El punto es luego insertado mediante una jeringuilla hipodérmica.

—¿Cuál es el texto?

—Sólo tres palabras: «Futuro y Esperanza».

—¿Ninguna mención para los negros?

Gibson Warden arrugó instintivamente la nariz.

—Tienes un especial sentido del humor, Clive. No lo comparto. Y te advierto...

—Un momento, Gibson. Ni advertencias ni consejos. No estoy bajo la disciplina del FBI.

—Afortunadamente. No me gustaría tener a un hombre como tú bajo mis órdenes. Bien... Creo que ya está dicho todo. Desde mañana, después de que los secuestradores efectúen la llamada para conocer tu postura, Serás sometido a una discreta vigilancia.

—¿No amenazaron con matar a Stephanie si eran seguidos? Es lo habitual.

—No se percatarán de nada.

—Ya.

Gibson Warden se incorporó dando por terminada la entrevista.

—Tengo establecido el cuartel general en el propio domicilio del profesor Hoffman. En las fotografías de Stephanie encontrarás la dirección y número de teléfono. Si surge alguna duda ponte en contacto.

—Olvidas algo, Gibson. Mis ojos no son microscopios —sonrió Lemmon—. ¿Cómo diablos voy a leer en el micropunto?

Joseph Moore llevó su diestra al bolsillo superior de la chaqueta. Extrajo una pluma que tendió a Lemmon.

—Dando la vuelta al capuchón se convierte en un microscopio de suficiente potencia como para ampliar el micropunto.

—¿Se lo habéis quitado a James Bond?

El rostro de Warden volvió a reflejar una mueca.

Sin añadir ninguna otra palabra abandonó el apartamento acompañado del agente Moore.

Clive Lemmon encendió un nuevo cigarrillo.

Quedó pensativo.

Con la mirada fija en las fotografías de Stephanie.

Sonó el llamador de entrada.

Clive Lemmon profirió una maldición mientras se incorporaba acudiendo al *living*. Sospechando que el inspector había olvidado informarle de algún otro dato.

Abrió la puerta.

No era Gibson Warden.

Tampoco el agente Moore.

Su visitante era un individuo de larga melena. En su diestra una «Super-Star» con tubo silenciador.

Antes de que Clive Lemmon reaccionara, sintió el frío contacto del cañón del arma colocado bajo su mentón.

CAPÍTULO V

Joven. Con abundante melena. La nariz ganchuda. Vestía chaquetilla de cuero y pantalón vaquero.

Clive Lemmon ya no se fijó en más detalles.

El cañón del arma bajo su barbilla ocupaba toda su atención.

El individuo se adentró en el apartamento cerrando tras de sí de un taconazo. Apartó la «Super-Star», aunque sin dejar de encañonar a Lemmon.

—Buenas noches, hermano. ¿Van a volver los policías?

—¿Quién eres tú?

—Soy el que hace las preguntas —el melenudo golpeó con el cañón del arma el estómago de Lemmon—. Y tú el que respondes, ¿de acuerdo, hermano?

Lemmon se dobló.

Pálido.

—*Okay...*

—Buen chico. ¿Qué hay de los polis?

—No volverán.

—Te visitaron para hacerte una proposición, ¿no es cierto, Clive?

—Sí.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Acepté.

El melenudo sonrió.

—Entonces ya nos podemos largar. Echas un vistazo a Stephanie, al dossier y recibes instrucciones para el pago del millón de dólares.

—¿Ahora?

El individuo rió más abiertamente.

—Decidimos adelantarnos a la llamada de mañana. Así evitamos el zumbido de los moscones del FBI alrededor nuestro. ¡Muévete, hermano!

Clive Lemmon fue empujado hacia la puerta.

Al salir del edificio, el melenudo guardó el arma en el bolsillo derecho de la chaqueta. Sin soltar la culata.

Estacionado a poca distancia se encontraba un Buick con el motor en marcha.

Un individuo, también de abundante melena y bigote a lo Brassens, asomó la cabeza por la ventanilla trasera.

—¿Todo bien, Warren?

—Perfecto, Charles. Te presento a Clive Lemmon, el próximo Nobel de Literatura.

El llamado Charles abrió la portezuela posterior a la vez que hacía una leve inclinación de cabeza.

—Es un honor... Siéntese a mi lado, señor Lemmon. Tengo encuadernadas en oro sus obras completas.

Los dos melenudos rieron al unísono.

Warren se había situado frente al volante.

Lemmon y Charles en el asiento trasero.

—No te molestes en retener el número de la matrícula, Clive. Es falsa.

—Y el coche robado hace apenas una hora —informó Charles—. No juegues a policías y limítate a tu papel de enlace. No intentes imitar a uno de tus personajes de novela.

El Buick ya se alejaba de Penns Street.

El tráfico, dado lo avanzado de la noche, resultaba fluido. Máxime en la zona de Barrio Balsam. De ahí que el llamado Warren efectuara todo tipo de vertiginosas maniobras. Entrando y saliendo por callejuelas, bruscos cambios de dirección...

Warren frenó ante un obligado *stop*.

—Eh, Charles... Ya falta poco.

Charles extrajo una ancha cinta de terciopelo negro.

—¿Me permites, Clive? Debo vendarte los ojos. Será por poco tiempo.

Lemmon dejó que el individuo le tapara los ojos con la cinta.

—¿Puedes ver algo? —rió Charles pasando su mano delante del rostro de Lemmon—. ¿Nada?... Magnífico.

Warren le pasó un calcetín relleno de arena.

El movimiento de Charles fue rápido y contundente. Lo descargó con violencia sobre la cabeza de Lemmon. Éste se ladeó sin pronunciar un solo gemido.

—¡Infiernos, Warren! —Charles olfateó el calcetín—. Más que la arena lo efectivo es la peste que despidе. Para estos menesteres se utiliza un calcetín limpio.

El Buick reanudó la marcha.

Los dos individuos volvieron a reír a carcajadas.

Minutos más tarde estacionaban en una solitaria y estrecha calle. Tras una furgoneta allí aparcada.

Los dos melénudos descendieron.

Coincidiendo con un individuo que salió de la cabina de la furgoneta para abrir la portezuela trasera de carga.

—¡Pronto!... ¡Adentro con él!

El desvanecido Clive Lemmon fue introducido en la furgoneta.

Charles y Warren también se acomodaron en el interior del vehículo dejando abandonado el Buick.

La furgoneta abandonó la calle a gran velocidad. Un Pontiac se vio obligado a realizar un brusco giro para no colisionar.

Warren rió divertido.

—¡Eh, Lou!... Un poco de prudencia. No quisiera morir ahora que voy a ser rico.

El trayecto fue corto.

El vehículo rodó por calles muy conocidas para Clive Lemmon, pero lamentablemente no podía verlas.

* * *

Entreabrió los ojos.

Muy lentamente.

Al sentir un punzante dolor en la cabeza volvió a cerrarlos. Lo intentó a los pocos segundos. Todo parecía darle vueltas. Cuando consiguió fijar la imagen distinguió borrosa la lámpara de gas.

Entonces escuchó la voz.

Lejana.

Como procedente de un profundo pozo.

—¿Cómo va eso, Clive?

Lemmon parpadeó repetidamente a la vez que se incorporaba, quedando sentado en el sofá. Se sujetó con ambas manos la cabeza.

—Hijos de perra...

—Tranquilo, Clive... Disculpa a los muchachos. No han podido asistir a escuelas de pago. ¿Un *whisky*?

Clive Lemmon contempló al individuo.

De unos treinta años de edad. De facciones correctas. Pelo rubio abundante y ojos azules. Un tipo de gran atractivo físico, aunque había algo en su rostro que le hacía repulsivo. Tal vez su sonrisa... o el siniestro brillo reflejado en su mirada. Vestía chaqueta de cuero negra con bolsillos sobrepuestos, camisa de seda y pantalón oscuro. Calzaba botas de grueso tacón.

Lemmon aceptó el *whisky* que le era ofrecido.

Vació el vaso de un solo trago.

Respiró con fuerza mientras trazaba una semicircular mirada por la estancia. Aquello parecía un estercolero. Sobre la mesa se amontonaban restos de emparedados, comida enlatada y botes de cerveza. En el suelo, bordeando el sofá, un gran número de revistas. La mayoría de ellas marcadamente pornográficas. Confundidas entre ellas varias novelas, policíacas. Desde las del clásico Hadley Chase... hasta las del vulgar Clive Lemmon.

Lemmon apartó con el pie aquel marmagnum de letra impresa.

—Tampoco tú pareces haber ido a escuelas de pago.

Tu lectura es poco recomendable.

—Llámame Randy. Randy Parker es mi nombre. Y ciertamente he tenido muy pocos estudios, pero no debes despreciar esa... literatura, Clive. Te ganas los garbanzos con ella. En cuanto a las revistas porno, son las preferidas de Charles y Warren. No les juzgues mal. Son gente sencilla. Con el tiempo llegarán a leer la pornografía refinada de un Henry Miller.

—¿Eres el jefe?

Lemmon contempló más detalladamente al individuo.

—¿Jefe? Por favor, Clive... Somos un grupo de amigos realizando una pequeña travesura. Olvida tus novelas policíacas. Aquí no hay jefe, pero sí buenos y malos. Nosotros somos los buenos. El malo de turno es el tío Sam.

—Ya.

—Compréndelo, Clive, Si queremos un millón de dólares es para

reducir un poco el presupuesto dado por el tío Sam. ¿Recuerdas lo ocurrido en la central nuclear de Harrisburg? Aquello fue un aviso. Mis amigos y yo invertiremos el millón de dólares en cosas sanas.

—Eres un santo.

Randy Parker sonrió.

Enfrentando su mirada a la de Lemmon.

—No me he equivocado contigo. Soy un entusiasta de la literatura negra. Me gustan las novelas policíacas, aunque siempre me fastidiaba el estúpido final feliz con el criminal entre rejas o muerto y el chico-policía-detective babeando junto a la chica-guapa-idiota. Tú eres distinto. Hace un mes compré tu novela *Un bastardo con placa*. Me llamó la atención el título. Y aún más me sorprendió su contenido. El bastardo resultaba ser un policía. Y al final el protagonista se suicida. Su prometida, lejos de desesperarse, se convierte en la furcia preferida de uno de los jefes del Sindicato. Un verdadero *happy-end*.

—La escribí pensando en tipos como tú.

—Gracias, Clive. Compré algunas más. Las últimas publicadas... *Sopa de cadáver...*, *El asesino ríe dos veces...* En ellas se adivina que tu úlcera de estómago va en aumento. ¡Demonio!... Me entusiasmaron al máximo. Hasta el extremo de elegirte como enlace en el asunto que llevo entre manos.

—No me has hecho ningún favor.

—No te quejes, Clive. Sé que te roba tiempo, pero puede servirte de argumento para tu próxima novela. En todo caso, cuando tenga un millón de dólares en mi poder, te enviaré una pequeña gratificación.

Clive Lemmon rebuscó en los bolsillos para dar con la cajetilla de tabaco y el encendedor.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo, Randy.

—Cierto. Ya no llamaré al inspector Warden para saber si has aceptado. Fue buena idea presentarnos en tu apartamento, ¿verdad? Me proporcionaron tu dirección hace unos días en la Altman Publishing. Te sometí a un discreto control. Eres individuo de sanas costumbres. Juego ilegal en el Roxy Club, borrachera diaria... y un poco de aporreo de máquina. Esperé a que el inspector Warden saliera de tu apartamento para...

—¿Dónde está Stephanie Hoffman?

—¿Stephanie o la Operación Utopía?

—Tengo que echar un vistazo a ambos.

—Entonces comenzaremos por lo más valioso. —Randy Parker abrió uno de los cajones de la mesa para extraer un maletín. Lo franqueó girándolo hacia Lemmon—. Aquí tienes el dossier. Todo lo relacionado con el proyecto Operación Utopía.

Lemmon se levantó del sofá.

Instintivamente se llevó la zurda a la sien.

—¿Otro *whisky*, Clive?

—No...

Dentro del maletín, varias carpetas de piel con anillas. Cada una de ellas encerraba una veintena de folios plagados de números, guarismos, siglas, gráficos, dibujos, esquemas y textos cifrados.

Lemmon hizo una mueca.

Aquello le mareaba aún más.

—¿Ocurre algo, Clive?

—Me suspendieron en el curso de espía por correspondencia. Todo esto puede ser realmente el dossier de la Operación Utopía o también Caperucita Roja en criptografía.

—Apuesto a que el inspector Warden te dio instrucciones concretas.

—Correcto. También me proporcionó un microscopio para mi labor. Lo olvidé en mi apartamento. La «Super-Star» en manos de Warren me hizo olvidar de todo.

Randy Parker sonrió.

Volvió a abrir el cajón de la mesa.

—Tengo algo de eso, Clive. Lo previne sospechando que la autenticidad se basaría en el micropunto de cada una de las hojas.

—Parker extrajo un microscopio standard—. Se trata de eso, ¿no es cierto?

Lemmon no respondió.

Enfocó el aparato sobre el micropunto.

«Futuro y Esperanza».

—Un buen trabajo, Randy.

—Gracias.

—¿Por qué te molestaste en microfotografiar el dossier? Hubiera resultado más sencillo llevártelo a casa.

—Oh, no... El servicio de seguridad del Laboratorio Atómico de

Millsburg es muy bueno. Salir de allí con toda la documentación de la Operación Utopía bajo el brazo resultaría imposible. Utilizamos la microfotografía. Todo el dossier es una minúscula película que se puede ocultar dentro de un reloj de pulsera.

—Quiero ver a Stephanie.

—Por supuesto, Clive.

Randy Parker golpeó la pared con los nudillos de su mano derecha.

De inmediato aparecieron Charles y Warren, Ambos con una pistola en la diestra.

—Conducidle junto a la muchacha.

Los dos melenudos se distanciaron para situarse a izquierda y derecha de Clive Lemmon.

Abandonaron la estancia.

Un corto corredor de desnudas paredes se abrió ante Lemmon. Charles se adelantó unos pasos para abrir la única puerta del pasillo.

—¡Eh, muñeca!... Tienes visita.

Clive Lemmon fue empujado hacia el interior de la habitación.

También allí el mobiliario era escaso. Un simple camastro, una mesa de noche, un par de sillas y una lámpara de gas.

Stephanie estaba sentada al borde del lecho.

—Quiero hablar con ella a solas —dijo Lemmon.

—Nada de eso, hermano.

—Entonces regresemos con Randy. No me interesan unas respuestas de Stephanie coaccionada por vuestra presencia. Informaré al inspector de que Stephanie está con vida, pero no del trato que recibe.

Charles y Warren intercambiaron una mirada.

El primero de ellos se alejó retornando a los pocos segundos. Hizo una seña a su compañero.

Los dos individuos salieron de la estancia cerrando tras de sí.

Clive Lemmon dedicó una animosa sonrisa a la muchacha.

Las fotografías mostradas por el inspector Warden no le habían hecho justicia.

Stephanie, pese a la palidez que ahora se reflejaba en su rostro, era extraordinariamente bella, Lucía un vestido camisero estampado de manga corta. Muy favorecedor. Modelando sus juveniles senos

que se marcaban erguidos bajo la tela.

—¿Quién eres?

—Un amigo, Stephanie. Mi nombre es Clive Lemmon. El inspector Warden, del FBI, me ha enviado para conocer tu estado y las condiciones del rescate. ¿Cómo te encuentras?

La respuesta de la joven fue un tenue susurro.

—Bien...

Lemmon se sentó junto a la muchacha.

Percibió el temblor de su cuerpo. También sus labios aparecían trémulos.

—¿Tienes idea de dónde nos encontramos, Stephanie?

—No... Al salir de la universidad me obligaron a subir a un auto aplicándome un pañuelo con cloroformo. Desperté aquí. Tienen fotografiado el dossier de la Operación Utopía. ¿Por qué me han raptado? Mi padre no...

—Tú eres la garantía del pago, Stephanie. Tranquila. Todo saldrá bien. Vamos a entregar el millón de dólares. Cuando estés sana y salva ya nos ocuparemos de ellos. ¿Cuántos son?

—Sólo he visto a tres de ellos. Los que dicen llamarse Warren Burnett, Charles Walsh y Randy Parker. Este último parece ser el jefe. He oído más voces...

—¿Qué trato recibes, Stephanie?

La joven inclinó la cabeza.

Desviando su mirada de Lemmon.

—Bueno.

—Stephanie... —Lemmon levantó la barbilla de la muchacha—. Dime la verdad.

—Es cierto.

La corta falda del vestido no cubría las rodillas de Stephanie. Las piernas enfundadas en finos *pantys*. En la izquierda se veía el inicio de un descosido.

Clive Lemmon subió la falda descubriendo los esbeltos muslos femeninos. El *panty* izquierdo estaba desgarrado desde la rodilla hasta la ingle. También descubrió un hematoma sobre el muslo.

La joven se alisó la falda rompiendo en ahogado sollozo.

—Stephanie...

—Fue Randy... Randy Parker... He sido violada por ese individuo...

CAPÍTULO VI

Ahora fueron más considerados. Se limitaron a vendarle los ojos y taponarle con cera los oídos.

—Ya puedes quitarte la venda, Clive.

Charles rió sobre el volante.

—No seas idiota, Warren. No puede oírte. Le he untado de cera hasta la trompa del Eustaquio ese.

Warren, acomodado en el asiento trasero junto a Lemmon, rió también en desaforada carcajada.

Le quitó la venda.

Clive Lemmon parpadeó repetidamente. Una superficial mirada al exterior le bastó para saber dónde se encontraban. El auto circulaba por la longitudinal Jackson Street. Próximo a su cruce con Taylor Street. Tráfico casi nulo. Faltaban pocas horas para el amanecer de un nuevo día.

Lemmon procedió a quitarse los tapones de los oídos.

—Final del trayecto, Clive. —Charles acercó el vehículo a la calzada frenando con suavidad—. Disculpa por no acompañarte hasta casa. Puede que esté plagada de

«G-men

».

Clive Lemmon descendió del auto.

Un Mercury.

De seguro también robado.

—Ha sido un placer —sonrió Warren asomando la cabeza por la ventanilla—. Nos volveremos a ver.

Lemmon también sonrió.

Acentuó la sonrisa al proyectar violentamente la mano derecha. Replegados los dedos anular, meñique y pulgar. Tensos hacia afuera

el índice y medio.

Contra los ojos de Warren.

El melenudo cayó hacia atrás aullando de dolor. Retorciéndose en el asiento con las manos sobre los ojos.

Charles empuñó con rapidez una «Magnum».

—Maldito...

—No te lo aconsejo, Charles... —dijo Lemmon, sin abandonar la sonrisa de los labios—. A Randy no le gustaría ver muerta a la gallina de los huevos de oro. ¿Olvidas que soy el elegido para entregaros un millón de dólares?

Charles Walsh no cesó de encañonarle.

Con el rostro crispado.

La «Magnum» tembló en su diestra. Difícilmente controlaba sus deseos de apretar el gatillo.

—Buenas noches, muchachos. —Lemmon encendió un cigarrillo—. Cuando Warren deje de aullar preséntale mis disculpas. Dile que soy muy rencoroso. Jamás olvido un golpe.

Clive Lemmon giró sobre sus talones.

Dando la espalda a Charles Walsh.

Con escalofriante indiferencia.

Caminó por Jackson Street en dirección a la Columbus Avenue. Transcurrieron diez minutos antes de divisar un taxi.

—Al 771 de Arkin Boulevard —indicó Lemmon, dejándose caer en el asiento trasero del vehículo.

Respiró con fuerza.

Estaba resultando una noche muy agitada.

Muy distinta a la proyectada con la sola compañía de una botella de *whisky*.

El largo recorrido se vio compensado por la escasez de tráfico. El taxi se adentró en Barrio Torrence. Una de las zonas residenciales de San Francisco. El 771 de Arkin Boulevard resultó ser un *bungalow* de una sola planta. Dotado de pequeño jardín, garaje y piscina. Cercado todo ello por un alto seto. Una vivienda similar a las que uniformemente se alineaban a izquierda y derecha de la avenida.

Lemmon abonó la carrera.

Se detuvo frente a la frágil reja acoplada a las dos columnas que iniciaban el seto.

Hizo sonar el llamador allí existente.

La reja se abrió automáticamente.

Aquello no sorprendió a Lemmon. También había descubierto un «ojo mágico» camuflado sobre la columna de la izquierda. De seguro sus movimientos eran seguidos por un circuito de televisión instalado por el FBI en el domicilio del profesor.

Llegó ante el iluminado porche del *bungalow*.

Antes de subir los escalones se abrió la puerta.

Clive Lemmon sonrió.

—Hola, Joseph. ¿También hacemos de mayordomo?

El agente Moore no replicó.

Se hizo a un lado para permitir el paso de Lemmon.

A la izquierda del espacioso *living* se abrió una puerta corredera de doble hoja.

—Celebro verte. Clive —dijo el inspector Warden—. El dejarte caer por aquí demuestra tu interés por el caso. Pasa. Precisamente hablaba de ti...

Clive Lemmon se introdujo en un lujoso despacho-biblioteca. De severo mobiliario en tonos oscuros, aunque amenizado por la profusión de objetos de arte, cuadros y grabados.

—Quiero presentarte al profesor Hoffman...

Peter Hoffman se adelantó extendiendo su diestra. Era un individuo de cabello ya gris en los aladares y ojos protegidos por lentes graduados.

—Gracias por su colaboración, señor Lemmon.

El inspector del FBI no ocultó una mueca. Sin duda recordaba que la «colaboración» se fundamentaba en cincuenta mil dólares.

—Éste es el profesor Howard Lindfords. Es el prometido de Stephanie.

Clive Lemmon, al estrechar la mano del individuo, no reprimió una perpleja mirada. Sorprendido de que aquel fulano estuviera prometido a una belleza como Stephanie.

Howard Lindfords frisaba en los treinta y cinco o cuarenta años de edad. Posiblemente casi el doble que Stephanie. Sus ademanes eran petulantes. Vestido con una elegancia y escurpulosidad que casi dañaba a la vista. Sus facciones, aunque correctas, no resultaban atractivas. Tal vez por el ridículo bigote «magister» que bordeaba su boca.

—También yo quiero mostrarle mi agradecimiento, Lemmon. En

mi nombre y en el de mi prometida.

—Tomemos asiento, —dijo Gibson Warden—. Bien, Clive. Ya que está aquí puede quedarse a esperar la llamada de los secuestradores. Ello nos permitirá ganar tiempo y trazar un...

—Ya no llamarán, Gibson.

—¿Cómo dices?

Clive Lemmon se había aproximado a la artística mesa escritorio. Abrió una caja de madera de cedro olfateando uno de los cigarros.

—Has oído perfectamente, Gibson. Han resultado ser más listos que tú.

—¿Qué quieres decir?

Lemmon mordisqueó la punta del aromático veguero. Tomó el encendedor de mesa succionando repetidamente el cigarro.

Exhaló una bocanada de humo.

—Un tipo se presentó en mi apartamento poco después de tu visita, Gibson. Llevaba como tarjeta de presentación una «Super-Star». Me preguntó si había aceptado servir de enlace en el caso Stephanie Hoffman, al darle mi respuesta afirmativa me obligó a acompañarle.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me avisaste?

—¿Por telepatía? El error fue vuestro por esperar a mañana para someterme a control. Ellos lo sospecharon y se adelantaron.

—¿Ha visto a mi hija? —inquirió Hoffman.

—Sí, profesor.

—¿Cómo se encuentra? —interrogó de nuevo Hoffman, acentuando su nerviosismo.

—Está con vida.

—Pero... ¿ha sufrido algún daño?

Lemmon sopló sobre la nivea ceniza del cigarro.

Dirigió alternativas miradas a los expectantes rostros de Hoffman y Lindfords.

—Fue violada por el que parece ser jefe del grupo —dijo Lemmon, con voz carente de inflexión.

Peter Hoffman pareció recibir un mazazo. Retrocedió unos pasos para dejarse caer en uno de los sillones. Incapaz de articular palabra alguna quedó con la cabeza inclinada.

Tampoco Howard Lindfords reaccionó. La súbita palidez de su

rostro le asemejó a un muñeco de cera.

El inspector del FBI sí reaccionó.

Furioso.

Sin ocultar su ira se abalanzó sobre Lemmon atrapándole por el brazo derecho.

—Disculpen, por favor —masculló el inspector, empujando a Lemmon hacia la puerta.

Abandonaron el despacho.

—¿Qué le...?

—¡Maldito seas, Clive! ¿Por qué has tenido que decirlo?

—Ellos me preguntaron si...

—Eres un mal bicho —interrumpió de nuevo Warden—. Apuesto a que disfrutas dando malas noticias.

—No soy partidario de los paños calientes, Gibson. La chica fue violada por uno del grupo. Ella misma me lo confesó y...

—¡Al diablo contigo! ¡Joseph!

—Diga, señor.

—Los secuestradores ya se han puesto en contacto con Lemmon. Permanezca aquí hasta mi regreso. Sin variar los sistemas de seguridad establecidos ni el control telefónico. Si ocurre alguna novedad comuníquela al Departamento. Estaré allí con Lemmon.

Clive Lemmon chasqueó la lengua.

—Oye, Gibson, no he pegado ojo en toda la noche y necesito descanso.

El rostro del inspector dibujó una mueca.

Un simulacro de sonrisa.

Muy poco tranquilizadora para Lemmon.

* * *

La sala era amplia. Longitudinal. Dividida en secciones. Hombres en mangas de camisa entraban y salían. Los teléfonos no tenían descanso. Tampoco las diferentes máquinas eléctricas.

—¿Y ahora? ¿Qué te parece ahora, Clive?

Lemmon dirigió una cansina mirada al dibujo.

Asintió con leve movimiento de cabeza.

—Perfecto... Un poco más marcadas las cejas y tenemos a Charles Walsh.

El inspector tendió el dibujo a un individuo.

—Ya lo has oído, Bill. Más sombra en las cejas y de inmediato a la imprenta.

Llegó otro individuo.

—Aquí tiene las primeras copias de las fotos-robot, inspector.

—¡Empezad a repartirlas entre todos los patrulleros de San Francisco! Todos los policías en servicio deberán grabar en su mente esas fotografías. Los agentes Dickinson y Rampling que indaguen entre nuestros soplones habituales.

—Muy bien, inspector.

Lemmon tomó una fotografía de cada.

Esbozó una sonrisa.

—No está mal, Gibson. Guardan un cierto parecido con Randy Parker y Warren Burnett.

Warden rió con sarcasmo.

—Randy Parker y Warren Burnett. ¿Crees acaso que éstos son sus nombres? ¡Falsos! Al igual que el de Charles Walsh. Ya hemos recibido respuesta del National Crime Information Center. ¡Negativa!

—Eso nada significa.

El inspector resopló furioso.

—El NCIC está formado por un sistema de computadoras que enlazan el archivo central del FBI con los departamentos de policía de varios estados, con el Servicio Secreto, el Ejército, la Marina, la Aviación y la Policía Montada del Canadá. ¡Ninguna información sobre Parker, Walsh o Burnett!

—Tal vez no estén fichados.

Gibson Warden parpadeó.

—¿Insinúas que puede tratarse de unos aficionados? ¡Unos aficionados microfotografiando planos secretos en el Laboratorio Atómico de Millsburg! No hay duda que has perdido tu olfato de policía, Clive. Ya lo has demostrado al no poder proporcionarnos ningún dato concreto relacionado con el lugar donde está Stephanie.

—Ya me explicarás cómo se puede ver con los ojos vendados. También me taponaron los oídos. En cuanto al tiempo dentro del auto osciló entre los treinta minutos, pero eso no quiere decir nada. Tal vez se dedicaron a dar vueltas y desde el lugar donde tienen a

Stephanie hasta la Jackson Street sólo hay cinco minutos. También me hicieron subir y bajar varios tramos de escalera. Tienes tres fotos-robot y...

—Y los tapones de cera —interrumpió Warren—. Ya estamos trabajando en ello. Pronto determinaremos el fabricante y las zonas donde distribuye el producto, pero no guardo muchas esperanzas. Dadas las características del artículo, de seguro que se encuentra por todas las zonas de San Francisco.

—¿Puedo irme a dormir, Gibson? Si esta noche me llaman para darles el dinero me quedará dormido sobre el millón de dólares.

—No me sorprendería que te llamaran.

Lemmon se levantó de la silla. Estiró los brazos sin ocultar un sonoro bostezo.

—Lo dudo. Les comenté que serían necesarias varias horas para reunir el millón de dólares en billetes pequeños y usados. Volvieron a advertirme de que ninguna vigilancia del FBI pesara sobre mí. También me hablaron de los billetes. Serían sometidos uno a uno a minucioso examen. La menor señal, marca invisible o cualquier otro truco enviaría a Stephanie al Más Allá.

—Jugaremos limpio, aunque me consta que ellos no lo harán.

—¿Por qué no?

—¿No lo comprendes, Clive? Cualquier potencia extranjera pagaría gustosamente otro tanto por la Operación Utopía. Cuando te entreguen el negativo y la copia, si es que lo hacen, descubriremos en el laboratorio si realmente se hizo una sola copia. ¿Quién nos asegura que no están haciendo una tirada superior a cualquiera de tus nauseabundas novelas?

Lemmon interrumpió el iniciado ademán de encender un cigarrillo.

—Ahora que lo mencionas... El tal Randy Parker me comentó haber comprado la novela Bastardo con placa hace un mes.

—¿Y qué?

—Bastardo con placa fue mi segunda novela... Publicada hace aproximadamente un año. Si no se vende, el librero la devuelve a la distribuidora y ésta a la editorial. Muy pocos puestos de venta retienen las novelas por tiempo indefinido. Únicamente las que consideran de fácil salida.

—Explícate.

—Parker compró Bastardo con placa hace un mes. Una novela publicada hace un año. Apuesto a que fue en un establecimiento de libros de ocasión. En una librería donde van los restos de serie y obras saldadas. En la Altman Publishing te informarán de ello, proporcionando la relación de clientes dedicados a la venta de obras saldadas.

Gibson Warden se precipitó hacia el interfono situado sobre la mesa escritorio.

Pulsó una de las palancas.

—¡Que se presente el agente Lasser!

—¿Me puedo ir ya, Gibson?

El inspector dedicó a Lemmon una fría mirada.

—Sí, Clive. Lárgate a dormir, si es que puedes hacerlo.

—¿Por qué no? —sonrió Lemmon, con cinismo—. Muy pocas cosas me quitan el sueño.

CAPÍTULO VII

Clive Lemmon salió del bar cercano a su apartamento. Más que comer devoró un copioso plato combinado. Desde el almuerzo del día anterior estaba a base de cigarrillos, *whisky* y café.

Cambió de estacionamiento el «Mustang», arrojando con indiferencia la papeleta de infracción sujeta al parabrisas.

No descubrió a ninguno de los hombres de Warden, aunque se sabía vigilado.

Cruzó la calzada.

El sol hacía quemar el asfalto.

Consultó el reloj de pulsera. Pocos minutos faltaban para las once de la mañana.

Buena hora para irse a dormir.

Por primera vez agradeció la humedad reinante en la casa, que contrastaba con el sofocante calor exterior.

Subió los cuatro pisos.

Rebuscó en los bolsillos hasta dar con la llave del apartamento. Apenas entreabrir la puerta le llegó la música.

El viejo Night and day del también sempiterno Sinatra.

Lemmon profirió una soez maldición.

Los

«G-men

» estaban de nuevo en el apartamento. Sin duda el inspector Warden había proporcionado un duplicado de la llave a todo el Federal Bureau of Investigation.

Cerró violentamente la puerta avanzando hacia el salón.

Se detuvo bajo el umbral.

El irritado gesto de Lemmon fue reemplazado por una mueca de estupor.

—Hola, Clive.

Lemmon parpadeó.

Aquello no podía ser un agente del FBI. Y si lo era, el difunto Hoover estaría dando gritos en su tumba.

La mujer estaba tumbada sobre el sofá del salón. La cabeza apoyada en uno de los brazos del mueble. Vestía una chaqueta de pijama que Lemmon reconoció como suya. Las piernas, levemente flexionadas sobre el sofá, mostraban con generosidad los largos muslos hasta descubrir el negro encaje de las braguitas. La mujer sostenía en sus manos un ejemplar de *Playboy*.

Lemmon avanzó hacia el tocadiscos haciéndolo enmudecer.

—Bien hecho, Clive. Eso de Sinatra es lo más moderno que he encontrado entre tus *long-play*. No es que me disguste, pero prefiero música más actual. Tampoco he encontrado riada mejor que leer esta revista. Ni tan siquiera una de tus novelas.

—No guardo basura en el apartamento. ¿Quién eres y cómo has entrado aquí?

—Puedes llamarme Leyla. Soy periodista. Entrar en tu apartamento resulta fácil contando con un juego de ganzúas.

—Adiós, Leyla. No estoy de humor para.

Lemmon se interrumpió.

La mujer se había levantado del sofá. La chaqueta del pijama le cubría hasta mitad del muslo. Abotonada, aunque el primero de los cierres se situaba muy bajo. Permitiendo asomar el inicio de los opulentos senos femeninos.

Era joven. De unos veinticinco años de edad. Rostro marcadamente sensual. Destacaban los pómulos, sus grandes ojos, sus gordezuelos labios... Todo ello coronado por una negra mata de sedoso cabello.

—No eres muy hospitalario, Clive. Con el inspector Warden y con los secuestradores de Stephanie fuiste más amable.

Lemmon entornó los ojos.

Su mirada, admirando el cuerpo femenino, se tornó más inquisitiva.

—No sé de qué me hablas, Leyla.

—Me refiero a tus dos visitas de ayer noche. La del inspector del FBI y posteriormente la de los dos melenudos que te llevaron en el Buick. Deduzco que eran los secuestradores de Stephanie Hoffman,

¿no?

—¿Quién diablos eres?

Los carnosos labios de la muchacha sonrieron exultantes.

—Ya te lo he dicho, Clive. Una periodista. Trabajo por mi cuenta. Creo tener en el secuestro de Stephanie el reportaje del año.

—Yo no...

—Por favor, Clive. No sigas negando. Estoy al corriente del secuestro de Stephanie Hoffman. De no solucionarse a corto, plazo pronto será del dominio público. Yo estaba próxima al *bungalow* del profesor Hoffman. Un sexto sentido, puede que mi olfato de periodista, me hizo seguir al inspector Warden. Le vi estacionarse frente al 1047 de Penns Street. En tu apartamento. Poco más tarde salió. Me disponía a investigar a quién había visitado, cuando vi aparecer a los dos melenudos.

—¿Quién te informó del secuestro de Stephanie?

—Tengo mis propias fuentes.

—Estás mejor informada que yo, Leyla. Dudo que pueda proporcionarte ningún otro dato que desconozcas.

—Podemos colaborar juntos, Clive... Deduzco que has sido elegido como enlace entre los secuestradores y la familia Hoffman. Comprendo tus reservas. Mantendremos nuestra colaboración en secreto. Prometo no informar de nada a la Prensa hasta que Stephanie esté sana y salva. Ya te he dicho que trabajo por mi cuenta. No me presiona nadie. Concluida la historia, la venderé al mejor postor. A la Associated Press, la United Press International..., pero sólo cuando Stephanie esté fuera de peligro.

—Agradezco tu ofrecimiento, nena, pero nada tengo que decirte. Sabes tanto o más que yo.

—Correcto. Sé algo más.

—¿De veras? Entonces te aconsejo que acudas al inspector Warden.

—El FBI me mantendría incomunicada hasta solucionarse el caso. Conozco sus métodos. Cuando me permitieran actuar ya estaría aventajada por todos mis compañeros de Prensa. Juntos podemos solucionar el caso, Clive. Poner en ridículo una vez más al FBI.

—De seguro eres aficionada a las novelas policíacas.

Leyla volvió a sonreír.

—No, pero seré lectora tuya. Fue una gran sorpresa descubrir que el hombre visitado por el inspector Warden y que salió con los dos melenudos era un escritor de novelas de acción. Cuando perdí tu rastro regresé a Arkin Boulevard. Te vi salir con el inspector en dirección al Departamento. De ahí que me decidiera a esperarte aquí. Incluso dormí un par de horas. No te importa que haya tomado uno de tus pijamas, ¿verdad?

—Yo no he dormido, Leyla. Cuando haya descansado decidiré sobre tu ofrecimiento.

—Me parece muy bien.

—¿Dónde tienes tu ropa?

—En el dormitorio.

Abandonaron el salón para introducirse en la primera puerta del corredor.

El mobiliario de la habitación constaba de una cama, dos mesas de noche, un armario, un mueble escritorio y un par de sillas. Una puerta comunicaba con el contiguo cuarto de baño.

Sobre la alfombra, a los pies del lecho, se veía un vestido, Unas medias de nylon, un sujetador y los zapatos.

—Vístete, Leyla. Podemos citarnos dentro de... cuatro horas en Brumm Street Park.

—¿Qué hago cuatro horas deambulando por ahí? Yo también he dormido muy poco. Me hará bien algo más de descanso. Espero no te importe mi compañía.

La muchacha comenzó a desabotonarse la chaqueta del pijama.

Muy lentamente.

Sin apartar su mirada de Lemmon.

Un leve movimiento de sus torneados hombros hizo caer la prenda al suelo. Dejando al descubierto los exuberantes senos que se mantenían erectos y duros. El vientre liso. La cintura estrecha en contraste con la pronunciada curva de las caderas.

Clive Lemmon sonrió.

La llamada Leyla le tendía el cebo de sus encantos.

Y Lemmon no dudó en picar el anzuelo.

* * *

El ventanal, aunque con la persiana baja, dejaba pasar tenues

resquicios de luz envolviendo la habitación en placentera penumbra.

Clive Lemmon tendió su diestra hacia la mesa de noche tanteando en busca de la cajetilla de tabaco.

Leyla se removió a su lado.

Ronroneando como una gata en celo.

—¿Qué haces, Clive?...

—Busco un cigarrillo.

—Déjalo... Es peligroso fumar en la cama...

La muchacha se ladeó. Su mano izquierda acarició el rebelde pelo de Lemmon. La deslizó acariciando el rostro masculino hasta llegar al desnudo torso.

Lemmon olvidó el cigarrillo.

Se ladeó enfrentándose a la joven. Buscó su boca. Los carnosos labios de Leyla esperaban entreabiertos. Avidos. Devoradores. Volcánicos...

Todo en Leyla parecía despedir fuego. Sus ojos encendidos por la pasión, los labios ardientes, la piel quemando a cada caricia...

Clive Lemmon pudo percibir aquel fuego.

Volvió a quemarse en él.

Enfrecido por la desenfrenada voluptuosidad de la mujer.

Alcanzaron de nuevo la cúspide del placer, quedando entrelazados, jadeantes, inertes...

—Leyla...

—¿Sí?

—Contigo no se puede descansar.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

—Puedo darte un masaje que te dejará como nuevo. Voy a demostrártelo y...

—Olvídalo —rió Lemmon, rechazando las manos femeninas—. Será mejor una ducha fría. Eres desconcertante, Leyla... Sorprendentemente apasionada... o muy buena actriz.

—Jamás finjo en el amor.

—Con tus métodos llegarás a lograr el Pulitzer, Leyla. He estado pensando en tu ofrecimiento. —Lemmon encendió ahora un cigarrillo—. Preconozco que estás bien informada, pero tengo orden del inspector Warden de mantener un total silencio sobre mis contactos con los secuestradores de Stephanie. Lo lamento. Máxime

después de... de todo lo que has hecho por convencerme.

La joven sonrió sensual.

—Estás muy equivocado, Clive. No trataba de convencerte ni ha resultado para mí sacrificio alguno. Me eres atractivo. También yo lo lamento. Especialmente por ti. De nuestra mutua colaboración el mayor beneficiado hubieras sido tú.

—No lo dudo, nena.

—No estoy pensando en eso —volvió a sonreír Leyla—, sino en la información que podía facilitarte. Algo que te conduciría hasta los secuestradores.

—¿De veras?

Leyla se inclinó para poder atrapar el sujetador. De media copa. En tul de nylon. Muy transparente. Acopló con alguna dificultad los opulentos senos en la reducida prenda.

—Sí, Clive. Te vi salir con los melenudos, ¿recuerdas? En el Buick. Seguí el auto.

Lemmon dio un respingo.

La indiferencia desapareció de su rostro.

—¿Quieres decir que...? ¿Sabes el lugar donde me llevaron?

Leyla saltó del lecho. Encendió la lámpara de noche para paliar la penumbra reinante. Localizó las caídas braguitas. Ayudada por sensuales movimientos de cadera se ajustó la minúscula prenda íntima.

—¡Responde, Leyla!

—¿Por qué? Has rechazado mi colaboración...

—¡De acuerdo, maldita sea!... Trabajaremos juntos, pero recuerda tu promesa de no informar de nada hasta que se solucione el caso.

—Por supuesto, Clive.

—¿Y bien?

Leyla se acomodó en una de las sillas procediendo a colocarse las finas medias de nylon.

—Seguí al Buick, pero en una callejuela lo abandonaron. Casi colisioné con una furgoneta que salió a gran velocidad. La brusca maniobra me hizo perder valiosos minutos. Te trasladaron a esa furgoneta, ¿no es cierto?

—Lo ignoro. Me dejaron sin sentido.

—Yo no tengo dudas, Clive. Seguí al Buick. Al evitar colisionar

con la furgoneta detuve mi auto en la callejuela. Fue entonces cuando vi abandonado el Buick.

—¿Saliste tras la furgoneta?

—No logré dar con ella.

Lemmon parpadeó.

—¡Maldita sea!... Entonces, ¿qué diablos sabes?

—Pude leer el rótulo de la furgoneta y su número de matrícula. Pertenece a la flota del Snake Center. Un amplio local de diversión para la juventud. Juegos electrónicos, discoteca, bazar...

Lemmon profirió una soez maldición.

—Eso no nos conduce a nada. El Buick era robado. De seguro que la furgoneta...

—Si fue robada no lo denunció el Snake Center —interrumpió Leyla—. Es más, la he visto estacionada en el aparcamiento. Junto con otras de iguales características. La reconocí por el número de matrícula.

Clive Lemmon quedó pensativo.

Movió lentamente la cabeza.

—Si... Puede ser una buena pista. Echaremos un vistazo al Snake Center.

Lemmon abandonó el lecho precipitándose hacia el contiguo cuarto de baño para someterse a una estimulante ducha fría y posterior afeitado. Retornó a la habitación rebuscando en el armario.

Leyla no se encontraba en la estancia.

Llegó a los pocos minutos.

Sonriente.

—Oye, Clive..., ¿no tienes nada que comer? En el frigorífico sólo hay latas de cerveza. No he almorzado y...

—Aquí no encontrarás nada —dijo Lemmon, abotonándose una camisa de bambú la rayada en azul—. Tomaremos un emparedado en cualquier sitio. Ya es muy tarde para un almuerzo en Ghirardelli Square.

—Dudo que tu paga de escritor diera para tanto.

—No lo sabes bien...

Clive Lemmon complementó su vestimenta con una chaqueta deportiva y pantalón a juego. Extrajo el último cajón del armario. De un doble fondo sacó una pequeña caja. En su interior había una

automática «Wilkinson» calibre 22. Con su correspondiente cargador.

Ocultó el arma bajo el cinturón del pantalón.

En su costado izquierdo.

—¿Tienes licencia de armas, Clive?

—No.

—Lo suponía. A un ex policía expulsado del cuerpo no...

La muchacha se interrumpió.

Instintivamente se mordió el labio inferior.

—Te has informado muy bien de mí —dijo Lemmon, posando sus ojos en la muchacha, inquisitivo.

—Cierto. Mejor que los secuestradores de Stephanie. De seguro que ellos ignoran que has sido policía. ¿Por qué te eligieron como enlace?

Lemmon sonrió.

—Al que parece ser el jefe del grupo le entusiasman las novelas policíacas. Y yo soy uno de sus autores preferidos. Quiso conocerme personalmente para que le firmara un autógrafo.

—¿Estás bromeando?

La respuesta de Clive Lemmon se limitó a una mueca. Tomó del brazo a Leyla pasando al *living*.

La joven recogió su bolso de mano.

Abandonaron el apartamento.

—No sé por qué me molestó en cerrar la puerta... —comentó Lemmon—. Aquí entra todo bicho viviente.

—Deberías colocar una cerradura de seguridad. Con varios puntos fuertes. A prueba de ganzúas.

—No vale la pena. Costaría más la cerradura que todo lo que hay en el apartamento.

Leyla rió divertida.

—Eres un amargado, ¿eh?

—Estando tú a ~mi lado todo será distinto —replicó Lemmon, acariciando el trasero femenino—. Formaremos un hogar y tendremos muchos hijos que berrearán a nuestro alrededor colmándonos de felicidad.

—Sí. Definitivamente, eres un amargado.

Descendieron los cuatro pisos.

La luz solar aún iluminaba San Francisco.

—¿Dónde tienes tu auto, Leyla? El mío está algo escaso de gasolina.

—Y tus bolsillos escasos de dinero.

—Ahá.

Leyla señaló un aerodinámico «Firebird» color hueso. Un deportivo cupé de dos puertas. Un último modelo de Pontiac.

—¿Qué te parece, Clive?

—Déjame pensar. Estoy calculando los años que tendría que estar escribiendo novelas para pagar el primer plazo de un auto como éste.

La joven rebuscó en el bolso.

Tendió las llaves a Lemmon.

—Conduce tú.

Pasaron al interior del vehículo.

Clive Lemmon maniobró en el volante abandonando el estacionamiento.

—¿Eres periodista o propietaria del periódico?

—Mi papá está podrido de dólares.

—¿Quieres casarte conmigo, Leyla?

La muchacha rió a carcajadas.

—¿Dónde pararemos a almorzar, Clive? Podríamos ir hacia el Snake Center. Está en Barrio Camp. El 1743 de Dyan Road.

Lemmon asintió.

—Conozco la zona.

Clive Lemmon, tras algunos minutos de recorrido; lijó su mirada en el espejo retrovisor. De la riada de coches que le seguían ninguno le resultó sospechoso; sin embargo, era consciente de que sabuesos del FBI controlaban sus movimientos.

El «Firebird» se adentró en Barrio Camp.

Estacionó frente a una steak house de aspecto tranquilo y acogedor.

Penetraron en el local.

Ciertamente era confortable. Dotado de suave música ambiental y funcional decoración. Muy pocos parroquianos. Únicamente ocupados los taburetes del mostrador.

Se acomodaron en una apartada mesa.

Clive Lemmon rechazó la minuta limitando su pedido a una jarra de cerveza con ginebra. Leyla fue más positiva. Una cola

acompañada de jugoso bisté con guarnición.

—Tiene una llamada telefónica, señor.

Lemmon dirigió una perpleja mirada al camarero.

—¿Para mí?

—Sí, señor. He pasado la comunicación a la cabina número tres.

Clive Lemmon se incorporó avanzando hacia las cabinas situadas al fondo del local. Se introdujo en la señalizada con el número tres.

Atrapo el auricular.

—¿Si?

—¿Clive...?

Lemmon sonrió al reconocer la voz que le llegaba a través del micro.

—Hola, inspector. Yo soy.

—¡Maldito bastardo!... ¿Se puede saber qué infiernos pretendes?
¿A qué estás jugando?

—No comprendo...

Pudo percibir el furioso resoplar de Gibson Warden.

Como el de una fiera acosada.

—Escucha, Clive... ¿Sabes quién es la chica que está contigo, estúpido? ¿La conoces?

—Aunque he intimado un poco con ella, sólo sé que es periodista y que se llama Leyla.

—¡Correcto! —vociferó el inspector Warden—. ¡Leyla Rozanov, ciudadana rusa y periodista de la agencia TASS soviética!

CAPÍTULO VIII

Parecía imposible.

Difícilmente de creer que la ardiente y apasionada Leyla procediera de la fría Rusia.

—¿Ocurre algo, Clive?

Lemmon sonrió exhalando una bocanada de humo.

—Nada, Leyla. Simplemente pensaba.

—Te encuentro extraño desde la llamada telefónica. ¿Quién era? ¿El FBI o los secuestradores?

—Una equivocación. Nadie podía saber que me encontraba aquí.

Leyla chascó la lengua dibujando en su rostro un gracioso mohín.

—No eres sincero conmigo, Clive... El FBI sigue tus pasos. Echa un vistazo al mostrador... Ese individuo, el que lleva uniforme de la agencia de repartos Kubrick, es un agente del FBI.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso perteneces tú también al Federal Bureau of Investigaron?

La muchacha rió en espontánea y jocosa carcajada.

—Oh, no. Yo soy una simple...

—Periodista independiente.

—Eso es.

Lemmon hizo una seña al barman.

La muchacha se adelantó a consultar el tíquet de la consumición.

—Permíteme pagar a mí, Clive.

—No tengo el menor inconveniente.

Rieron al unísono.

Poco más tarde se encontraban de nuevo en el interior del «Firebird». El trayecto hasta Dyan Road fue corto. Frente al Snake

Center no había un solo espacio donde aparcar. Ambos lados de la calzada estaban ocupados por autos y profusión de potentes motocicletas.

El *parking* contiguo al Snake Center aún mantenía iluminado el indicador de plazas libres.

Clive Lemmon condujo hacia la zona de aparcamiento.

Un individuo controlaba el *parking* junto a la barrera automática expendedora de boletos.

—A tu izquierda, Clive —susurró Leyla—. Allí están las furgonetas del Snake Center.

Lemmon desvió la mirada.

En una zona cubierta del *parking*, bajo la advertencia de «prívate», se alineaba la flota del Snake Center. Junto a las furgonetas cuatro vehículos más. Todos ellos modelos Ford.

—¿Cuál es? ¿Sigue ahí?

—Sí, Clive. La tercera furgoneta.

Lemmon mentalizó el número de matrícula.

Desde el mismo *parking* era posible la entrada al Snake Center.

La primera de las salas era destinada a juegos electrónicos. Máquinas «flipper», de competición, bélicas, tragamonedas...

El ruido resultaba ensordecedor.

Clientes de todo tipo, aunque predominaba la juventud. Tipos melenudos que se contorsionaban accionando los «flipper» o vociferaban jubilosos antes las máquinas bélicas cada vez que una imaginaria ráfaga del bombardero abatía al supuesto enemigo. Había otras máquinas más silenciosas. Por una sola moneda de veinticinco centavos se podía visionar un cortometraje porno. También cabinas-sex privadas para una o dos plazas.

—Aquí tenemos a los hombres y mujeres del mañana —comentó Lemmon, sarcástico—. Divirtiéndose sanamente.

—Angelitos...

Lemmon posó su mirada en la joven.

Sí.

También Leyla tenía sentido del humor.

El local serpenteaba a lo largo de toda la planta baja. De ahí tal vez su nombre de Snake. De los juegos «recreativos» se pasaba a una especie de bazar juvenil. Allí se podía encontrar de todo. Para el nene y la nena. Un vestido camisero, una chaquetilla de cuero...,

hasta muñecas hinchables, vibradores y artículos para sadomasoquistas.

La discoteca parecía ser la zona más tranquila del Snake Center. Al menos en aquellas primeras horas de la tarde. Decoración sicodélica. Luces destellantes y giratorias. Música moderna. Una pantalla entremezclaba imágenes de Sennet y Charlot con espeluznantes fotogramas de las matanzas en campos de concentración nazis, de Vietnam, Uganda...

Las mesas estaban separadas por biombos y con cortinajes. Con la sola iluminación de un piloto rojizo.

—Muy romántico, ¿verdad, Clive?

—Creo que estamos perdiendo el tiempo. Tú que todo lo sabes, Leyla..., ¿quién es el dueño del Snake Center?

—Los hermanos Davis. Tres individuos que se están haciendo de oro. Controlan también una cadena de supermercados en Barrio Camp, Dudo que estén involucrados en el secuestro de Stephanie Hoffman. Los negocios les van demasiado bien para buscarse complicaciones. ¿Nos sentamos?

Se acomodaron en una de aquellas mesas-reservado.

De inmediato se acercó uno de los camareros. Un individuo con ojos de búho. Los necesitaba para deambular por la sempiterna oscuridad de la sala, rota únicamente por los destellos. Dejó una cartulina unida a una pequeña llave.

—Son diez dólares.

—¿Diez dólares? —inquirió Lemmon—. Aún no hemos formalizado el pedido.

El individuo sonrió despectivo.

—Es la tarifa mínima, señor. Esa llave abre el camuflado bar de la mesa. Sólo tiene que levantar la tabla y encontrará todo tipo de bebidas. En el mostrador le resultará más económico; pero en los reservados es norma que...

—De acuerdo —interrumpió Leyla, sacando del bolso los diez dólares—. Aquí tiene.

El camarero se alejó perdiéndose en la penumbra del local. Enfocado por los intermitentes fogonazos de las luces giratorias.

—Me estoy convirtiendo en tu gigoló, Leyla.

—Diez dólares no son mucho —la joven utilizó la llave para levantar la tapa de la mesa—. Ciertamente tenemos de todo. ¿Un

whisky con hielo?

—Olvida el hielo.

Leyla sirvió dos casos de «Johnnie Walker».

—Por nosotros.

Lemmon chasqueó la lengua.

—Puede que tengas razón. Diez dólares no es mucho. Todo tipo de bebidas, lugar discreto, diván comfortable...

Clive Lemmon depositó el vaso de *whisky* sobre la mesa abarcando con el brazo izquierdo los hombros de la muchacha.

La atrajo contra sí besándola en la boca. Su diestra se posó sobre uno de los senos femeninos.

—Clive...

—¿Sí, nena?

—Me... estás haciendo daño...

Clive Lemmon acentuó la presión de su diestra. Atenazando sádicamente el seno izquierdo de Leyla.

—¿De veras? Puedo ser aún más bestia, muñeca. No me gusta que se burlen de mí. ¿Cuál es tu juego, Leyla Rozanov?

La muchacha forzó una sonrisa.

—Ah... se trata de eso... Bueno... tú no me preguntaste mi nacionalidad...

—Periodista independiente, ¿eh?

—Sí...

—¿Qué me dices de la agencia TASS?

La pregunta de Lemmon fue acompañada por una nueva y brutal presión sobre el seno femenino.

Leyla ahogó un gemido de dolor.

—No trabajo para ellos... La *Telegragnoye Agentstvo Sovetskogo* sólo cubre información en los países socialistas... La TASS únicamente me está costearo mi viaje de estudios en EE. UU. Estoy realizando prácticas de periodismo. Tengo mis papeles en regla. Mi visado de permanencia...

—¡Al diablo con eso! ¿Por qué te has interesado en el secuestro de Stephanie Hoffman...? ¿Qué buscas realmente?

—Sólo quiero realizar un reportaje... Me pareció un tema interesante y...

La voz de Leyla se quebró tornándose en lastimero gemido. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Lemmon había retorcido salvajemente su presa.

—Quiero la verdad, nena.

Leyla asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Operación Utopía..., eso es lo que busco...

—¿Pertenece a la KGB?

—¡Sí!

—Perfecto. —Lemmon soltó a la muchacha—. Ahora ya podemos hablar como dos buenos amigos.

—Sucio bastardo..., puerco hijo de la gran puta...

—¡Estupendo, Leyla! No sólo tienes un delicioso acento bostoniano, sino que has asimilado las mejores palabras de nuestro idioma.

La joven había introducido su mano derecha bajo el escote del vestido, acariciando repetidamente su dañado seno.

—Adelante, Clive. Avisa al FBI. Y antes de que sea detenida ya habré soltado la liebre. Hasta ahora solamente yo estoy al corriente de la existencia del dossier. El Federal Bureau of Investigation únicamente tiene como rivales a agentes de la KGB; pero mi detención hará entrar en acción a los servicios de inteligencia del Deuxième Bureau francés, al Intelligence Service británico... Añade también a la Mafia, Clive. A los Sindicatos del Crimen. La Operación Utopía es una mercancía muy apetitosa y de fácil venta.

Lemmon encendió un cigarrillo.

—No voy a avisar al FBI. El propio inspector Warden me informó de tu identidad. ¿Por qué iban a detenerte? Hasta ahora no estás involucrada en actividades de espionaje. Sólo si consigues el dossier de la Operación Utopía y no lo entregas de inmediato a las autoridades norteamericanas serás acusada de espía. Ahora estás colaborando conmigo para rescatar a Stephanie Hoffman, ¿no es cierto? Sin duda correspondes a la hospitalidad que te dispensa la libre nación USA.

—Muy gracioso.

—Celebro que...

Lemmon enmudeció.

Empequeñeció los ojos fijando la mirada en el individuo que retornaba del mostrador y acudía hacia uno de los reservados. Uno de los multicolores destellos de luz iluminó fugazmente su caballuno rostro y la larga melena.

Clive Lemmon esbozó una fría sonrisa.

Sí.

Era uno de ellos.

El melenudo llamado Warren.

CAPÍTULO IX

Clive Lemmon aplastó el cigarrillo.

—Disculpame, Leyla.

—Un momento... ¿Qué hay de nuestro trato, Clive?

—Eres maravillosa, nena —sonrió Lemmon, incorporándose—. Te confíasas agente de la KGB soviética y pretendes que siga nuestra colaboración. Ahora ya comprendo tu juego. Al perder la pista de los secuestradores decides entrar en contacto con el patán de Lemmon.

—Te he informado de la furgoneta del Snake Center.

—Seguro. Con la esperanza de que a través de mí llegaras hasta los secuestradores.

—Entonces..., ¿queda roto el trato?

—Ahá.

Leyla sonrió.

—Que gane el mejor, Clive.

Lemmon correspondió cínicamente a la sonrisa.

Avanzó siguiendo la sinuosa línea de las mesas-reservado. La mayoría de los compartimientos ocultos por los cortinajes.

Lemmon se detuvo ante uno de los reservados.

Apartó levemente la cortina pasando al interior.

Su presencia no fue advertida.

Lógico.

Warren Burnett estaba muy enfrascado en la tarea.

La sola iluminación del piloto rojizo fue suficiente para Lemmon. Contempló sonriente la escena.

La muchacha tendría unos quince o dieciséis años de edad. Reclinada sobre el diván. Warren Burnett la besaba salvajemente en la boca mientras su diestra jugueteaba bajo la falda del vestido. La

blusa femenina desabotonada. No llevaba sujetador. Los senos, breves y puntiagudos, eran también manoseados por Warren. El jadear de la joven era una mezcla de placer y miedo.

—¿También te dedicas a pervertir menores, Warren?

El melenudo dio un respingo cayendo del diván. Tiró tras de sí a su pareja. Los vasos depositados sobre la mesa también cayeron.

Clive Lemmon ayudó a la joven a levantarse.

—Lárgate. Tengo que hablar con el bueno de Warren.

La muchacha asintió asustada. Con nerviosos movimientos procedió a abotonarse la blusa.

Warren Burnett reaccionó. Desde el suelo propinó un patadón al trasero de la joven proyectándola contra Lemmon. Éste, instintivamente, se aferró a los cortinajes para no perder el equilibrio.

La barra no lo soportó.

Lemmon y la joven cayeron aparatosamente envueltos en la cortina.

Warren Burnett aprovechó para salir de allí. En su precipitación tropezó con uno de los camareros que acudía a indagar el alboroto.

Cuando Clive Lemmon logró zafarse de los cortinajes, el melenudo ya alcanzaba una de las puertas de salida.

Corrió tras él.

—¡Eh, alto!... ¡Deténgase!

Lemmon hizo caso omiso a los gritos del camarero.

Empujó los batientes de la puerta, aún móviles por la salida de Warren Burnett. Se encontró ante una escalera de caracol. A la izquierda un largo corredor.

La indecisión de Lemmon duró una fracción de segundo.

Avanzó por el corredor hasta llegar a una de las salidas de emergencia del Snake Center, Comunicaba con la parte trasera del *parking*.

Vio a Warren Burnett.

A unas cien yardas.

Saltando la muralla que circundaba la explanada.

Cuando se disponía a seguirle surgieron los tres individuos.

Parecían cortados por un mismo patrón. Jóvenes. Melenudos. Con chaquetilla de cuero, pantalones oscuros y botas de grueso tacón. Cada uno de ellos llevaba un medallón colgado del cuello.

Representaba una cabeza de Satán. Con la leyenda «The Wild Angels».

—¿Qué ocurre, amigo? —inquirió uno de ellos—. ¿Hay fuego?

—Dejadme pasar.

El trío no obedeció.

—Me parece que estaba siguiendo a uno de los nuestros, Paul.

El llamado Paul simuló una mueca de asombro.

—¿Uno de los nuestros? ¿Estás seguro, Adam?

—Sí, Paul.

El melenudo posó su mirada en Lemmon.

—Mal negocio, hermano. The Wild Angels somos intocables. No has debido hacerlo. Nosotros somos el brazo ejecutor de los «ángeles». Apuesto que has oído hablar de nuestro grupo.

—Por supuesto —sonrió Lemmon—. ¡Quién no conoce a los «ángeles» de Charly!

—Es un bromista, Paul.

—Seguro. Después de darle un repaso no le quedarán ganas de...

Clive Lemmon decidió tomar la iniciativa.

Adelantarse al ataque del trío.

Lanzó un puntapié al bajo vientre de Paul, a la vez que su diestra trazaba un veloz semicírculo en busca del cuello de Adam.

Paul sí se dobló aullando de dolor, pero su compañero fue más ágil. Esquivó el golpe de Lemmon. Como por arte de magia apareció una cadena en la zurda del melenudo. También en el tercer componente del grupo.

—Empieza a bailar, hermano...

Adam levantó la cadena.

Fue un estudiado amago. Quien descargó el trallazo fue su compañero. Contra el costado izquierdo de Lemmon. Éste trató de retener la cadena, pero estaba combatiendo a profesionales.

Adam y su compañero se distanciaron haciendo oscilar las cadenas. Paul, semirrecuperado del golpe, también se unió portando otra corta cadena.

Formaron círculo.

Clive Lemmon tragó saliva.

The Wild Angels.

Una banda juvenil. Una más de las muchas que ensuciaban las calles de San Francisco. Peligrosas como serpientes de cascabel.

Lemmon trazó una angustiosa mirada.

A lo lejos descubrió a Leyla. La bella agente de la KGB estaba apoyada sobre la carrocería del «Firebird». Contemplaba la escena. Con indiferencia.

Clive Lemmon, aunque dada la distancia no podía afirmarlo, adivinó una sonrisa en los labios de Leyla.

—¡Te voy a convertir en pulpa!

La exclamación de Paul se vio acompañada del siniestro silbar de la cadena.

Lemmon se protegió la cabeza con ambos brazos. Dominando el lacerante dolor sí logró ahora atrapar la cadena. Tiró de ella. Con fuerza.

Paul no soltó el otro extremo.

Y ése fue su grave error.

Clive Lemmon le recibió con el codo derecho frontal. En brutal mazazo al rostro. Un espeluznante crujir de huesos se dejó oír.

Paul cayó sin sentido sangrando abundantemente por nariz y boca.

Por poco tiempo pudo Lemmon saborear su triunfo. La cadena que salvajemente castigó sus piernas le hizo doblar las rodillas. El instinto de conservación le impulsó a doblarse y ocultar la cabeza entre los brazos. Un segundo golpe. De nuevo aquel mortífero látigo. Sobre su espalda.

Se escuchó el ulular de una sirena.

Un auto de la Metropolitan Police apareció en la explanada del *parking* zigzagueando con estridente chirriar en sus ruedas antes de enfilarse hacia el escenario de la pelea.

Clive Lemmon le dirigió una furiosa mirada.

Del Metropolitan Police descendieron dos agentes uniformados y un individuo de paisano.

Adam y su compañero corrieron hacia la muralla escalándola y emprendiendo una veloz huida.

—Maldito seas, Joseph... Creí que los
«G-men

» siempre llegaban a tiempo.

—Eso sólo ocurre en las películas —sonrió el agente Joseph Moore—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien... Bien magullado.

—Ése está peor —el agente del FBI señaló al desvanecido Paul—. ¡Avisad a una ambulancia!

Uno de los policías uniformados tomó el micro del autorradio para cumplir la orden.

—¿Dónde está el inspector? —se interesó Lemmon.

—En el *bungalow* de Hoffman. Ya tenemos preparado el millón de dólares, Clive. Sólo queda esperar que se pongan en contacto contigo. ¿Qué diablos haces en el Snake Center? Al entrar aquí despistaste momentáneamente a los agentes dedicados a vigilarte.

Lemmon movió repetidamente los brazos en ejercicio de recuperación.

Encendió un cigarrillo.

—Sí, no hay duda... El FBI sólo lo hace bien en las películas. En el Snake Center encontré a Warren Burnett. Me disponía a machacarle la cabeza para que hablara, pero el muy maldito logró escapar. Tres melenudos me cerraron el paso.

—¿Cómplices de Warren?

Clive Lemmon se encogió de hombros.

—Cómplices o simples conocidos. Ya sabes la noble y sincera camaradería existente entre la juventud.

—Le interrogaremos cuando recupere el conocimiento; aunque también yo dudo que esté relacionado con el secuestro. Son simples camorristas. Si Warren consiguió salir de aquí nuestros muchachos le habrán visto. Son muchos los hombres que deambulan en torno a ti.

—La tercera furgoneta de la derecha fue el vehículo utilizado por Warren y Charles en mi traslado. Después de que abandonaran el Buick. Ignoro si hubo un nuevo vehículo o el recorrido terminó en esta zona.

—Echaremos un vistazo. Hasta el momento ninguna huella o pista. Tampoco ha resultado lo de los tapones de cera. Hemos localizado al fabricante, pero el producto se vende en todos los distritos de San Francisco. Desde Sausalito hasta Daly City.

—¿Qué hay de la novela Bastardo con placa?

El agente Moore rió divertido.

—Eres muy bueno, Clive. La novela no fue saldada. Ocurre que tu editor, agotadas las existencias, decidió lanzar recientemente una segunda edición. Olvidó comunicártelo.

—El muy...

Llegó la ambulancia.

Clive Lemmon dirigió una mirada hacia el Pontiac «Firebird». El auto ya no estaba allí... También había desaparecido Leyla Rozanov.

* * *

La tranquilidad había retornado a Dyan Road. El Snake Center había sido sometido a una minuciosa inspección por agentes del FBI. No fue necesaria una orden de registro. Los propietarios del local dieron todo tipo de facilidades a la labor policíaca. Declararon ignorar cualquier momentánea desaparición de las furgonetas a su servicio.

El registro al Snake Center resultó negativo. Ni huellas en la furgoneta. Tampoco se encontró rastro alguno de Warren Burnett.

Ya era noche en Barrio Camp. La oscuridad de las calles era compensada por los multicolores luminosos de neón.

Clive Lemmon había recorrido toda la zona. A pie y en el popular y trasnochado tranvía que serpenteaba por Barrio Camp. También había deambulado por todos los tugurios juveniles del distrito.

Ahora caminaba por Revill Street.

La cuarta paralela a Dyan Road.

De seguro que aquel ir y venir, junto a la subida y bajada de diferentes tranvías, había despistado nuevamente a los

«G-men

».

Se detuvo frente al Impact Club. Sorprendido por el auto estacionado frente a la entrada del local.

Era el «Firebird» de Leyla.

Clive Lemmon penetró en el local.

No era un club de categoría. Tampoco las atracciones anunciadas en el cartel de entrada despertaban el menor interés.

Muy poca clientela.

Le fue fácil dar con Leyla.

Ocupaba uno de los taburetes del mostrador.

—Hola, Leyla.

El vaso de *whisky* tembló en la diestra de la muchacha.

—¡Clive!...

Lemmon sonrió acomodándose en el taburete contiguo.

—Apuesto a que la KGB desaprobaría tu entusiasmo por el *whisky*. ¿Por qué no pides vodka?

—¿Qué haces aquí? —inquirió Leyla, lanzando nerviosas miradas a izquierda y derecha.

—Entré a tomar una copa. Lo mismo que tú, ¿no?

—Oye, Clive... ¿Por qué no te largas y me dejas en paz?

Lemmon deslizó su mano derecha por la mejilla femenina. Descendió acariciadora hasta posarse con suavidad sobre la turbadora y palpitante redondez del seno izquierdo.

—¿Me guardas rencor por...?

Leyla le apartó la mano.

Volvió a dirigir una inquieta mirada hacia la entrada del club.

—Hemos roto el trato, ¿no es cierto? Lárgate, Clive. Cada uno por su lado.

Lemmon chascó los dedos, llamando la atención del barman. Se hizo servir una cerveza con ginebra.

—Me tienes preocupado, Leyla. Te encuentro... nerviosa. Me quedaré contigo hasta que te tranquilices. Yo no soy nada rencoroso. Incluso he olvidado tu indiferencia mientras aquellos tres bastardos me atizaban.

—Aquí estás perdiendo el tiempo, Clive.

Lemmon se encogió de hombros.

—No tengo nada que hacer...

—Yo puedo proporcionarte un trabajo, aunque dudo que te interese. Sólo te preocupa la Operación Utopía.

—Ahá.

—¿Más que la vida de Stephanie Hoffman?

Lemmon arqueó las cejas.

Interrumpiendo el iniciado ademán de encender un cigarrillo.

—¿Qué quieres decir?

—Responde a mi pregunta, Clive. ¿El dossier o la vida de Stephanie?

—Yo no soy del Federal Bureau of Investigation, Leyla. El más importante de los documentos carecería de valor al compararlo con una vida humana.

—Pertenece sin duda al grupo de los fracasados... —sonrió Leyla—. Stephanie está sentenciada. Aun entregando el millón de dólares.

—¿Cómo lo sabes?

—He entablado contacto con ellos. Estoy aquí esperando respuesta a cierto trato. Si te ven conmigo, no aparecerán.

—Comprendo. Vas a comprarles una copia del dossier.

—Y sólo por un cuarto de millón. Hay que saber regatear, Clive. Me entregarán una copia del negativo microfotografiado. Ya es la hora de la cita... ¿Por qué no te das un paseo por el 513 de Kidder Road? Muy cerca de aquí. La tercera bocacalle antes de llegar al Snake Center. Puede que aún encuentres a Stephanie con vida.

—Y mientras intento salvar a Stephanie tú cierras el trato con ellos.

—Correcto.

—Avisaré al FBI.

Leyla no se inmutó.

Incluso sus gordezuelos labios volvieron a sonreír.

—Entonces tus posibilidades de salvar a Stephanie quedarían reducidas al mínimo.

Lemmon no dudó más.

Descendió del taburete precipitándose hacia la salida.

Leyla le siguió con la mirada.

—Adiós, Clive —susurró la muchacha, acentuando su sonrisa—. No hay duda... Tienes madera de perdedor.

CAPÍTULO X

El 513 de Kidder Road pertenecía a un edificio en ruinas. Cercado por una valla metálica. Las operaciones de derribo aún no se habían iniciado.

Clive Lemmon quedó indeciso.

Sospechando un posible engaño en Leyla.

Toda aquella zona había sido rastreada por agentes del FBI. Lógicamente un edificio en ruinas y deshabitado no les pasaría desapercibido.

Lemmon se aproximó a la puerta de la valla de protección. No disponía de cierre alguno.

Empujó la metálica hoja.

La oscuridad era casi total. Infinidad de piedras y cascotes dificultaban el paso a la que fuera puerta principal del edificio.

Lemmon se adentró con lento paso.

Sorteando los obstáculos. Un desprendimiento había bloqueado con gran cantidad de escombros el acceso al *parking* subterráneo.

Llegó ante el hueco del ascensor. De la cabina únicamente quedaba la plancha del suelo. Dada la antigüedad de la casa el motor se hallaba instalado en la planta baja. Las más importantes piezas habían sido desguazadas.

Lemmon quedó unos instantes junto a la plancha del elevador.

Pensativo.

Rememorando el lugar de su entrevista con los secuestradores. Una pieza reducida. Con escaso mobiliario. Con lámparas de gas. También recordó la subida y bajada de escaleras al salir con los ojos vendados.

Clive Lemmon acudió hasta la rueda manual del motor del ascensor. Hizo acopio de fuerzas para hacerla girar. Sonrió al

comprobar que la rueda se deslizaba con relativa facilidad.

La plataforma del elevador comenzó a subir lentamente.

Descubriendo el hueco del subsuelo... y también el túnel.

Lemmon encendió un fósforo.

Pudo divisar la tosca escalera de madera. Al posarse sobre el primero de los peldaños apagó el fósforo.

La escalera conducía al *parking* del edificio. Aún eran visibles las marcas en el suelo para limitar los aparcamientos. Al final del sótano se veía la luz.

Lemmon acentuó su prudencia.

La luz procedía de las oficinas del *parking*.

Clive Lemmon se aproximó apoderándose de la «Wilkinson».

Le llegaron voces y risas.

No se molestó en comprobar si estaba puesto el cerrojo. De un violento patadón cargó contra la frágil puerta.

—¡Quietos! —ordenó Lemmon, situándose bajo el umbral—. ¡Un solo movimiento y aprieto el gatillo!

Dos eran los ocupantes de la estancia.

Dos jóvenes melenudos.

Sentados frente a una mesa. Jugando una partida de póquer. Rodeados de latas de cerveza y restos de emparedados.

Uno de los melenudos intentó apoderarse de la «Super-Star» situada sobre una de las sillas.

Desistió de ello ante la fría sonrisa de Lemmon.

—¿Dónde está la chica?

—No saldrá de aquí con vida, Lemmon.

Clive Lemmon se adelantó unos pasos. Los suficientes para golpear con el cañón del arma el rostro del individuo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Miller... Wil Miller —respondió el melenudo, llevándose la diestra al sanguinolento surco dibujado por el punto de mira en su mejilla.

—Okay, Wil. Volveré a hacerte la pregunta. ¿Dónde está la chica?

—En... la otra habitación...

—¿Alguien más?

—No... Sólo estamos Gregory y yo...

—Dame la llave de la habitación.

—Está abierta la puerta. Ésta es la única salida y...

Clive Lemmon, sin dejar de encañonar a los dos individuos, retrocedió hasta asomarse al pequeño corredor.

—¡Stephanie!... ¿Puedes oírme? ¡Soy Clive Lemmon!

Casi de inmediato se abrió la puerta del pasillo apareciendo el atemorizado rostro de Stephanie Parpadeó al descubrir a Lemmon.

—¿Estoy... a salvo?

—Por supuesto, pequeña —sonrió Lemmon, aunque volviendo de inmediato su mirada a los dos melencidos—; pero hay que salir de aquí cuanto antes.

—¿La... policía...?

—No hay policía, Stephanie. Estoy solo. ¡Rápido!... ¿Conoces la salida?

—Sí...

—Entonces en marcha. Echa a correr y no te detengas hasta encontrar una cabina telefónica. Llama a tu casa. El inspector Warden está allí. Yo me quedaré con estos amigos.

La muchacha obedeció, emprendiendo veloz carrera. Sus precipitados pasos resonaron en el sótano.

—Podemos seguir jugando —sonrió Lemmon, acercándose a la mesa—. ¿Cuál es el límite?

El error de Lemmon fue intentar apoderarse de la «Super-Star» depositada sobre la silla. Al inclinarse recibió la lata de cerveza arrojada por Wil Miller.

—¡Ahora, Gregory!... ¡Dispara!

Gregory no pudo cumplir la orden de su compañero. Llevó con rapidez la diestra a la funda sobaquera oculta bajo la chaquetilla de cuero. Incluso llegó a encañonar a Lemmon, pero cuando se disponía a accionar el disparador sintió su cabeza estallar en mil pedazos. El impacto en la frente le hizo saltar de la silla cayendo hacia atrás.

Clive Lemmon desvió el humeante cañón.

Wil Miller ya se había apoderado de la «Super-Star».

Dispararon al unísono, pero sólo el proyectil de Lemmon resultó certero. Wil Miller siguió el mismo camino que su compañero. Un largo sendero sin retorno.

Clive Lemmon se pasó el dorso de la zurda por la frente. Limpiando el leve rasguño originado por la lata de cerveza.

Contempló los dos cadáveres.

—Estúpidos...

Inspeccionó la estancia.

El maletín conteniendo el dossier ya no estaba allí.

Se encaminó hacia la salida.

Minutos más tarde abandonaba el edificio en ruinas. Esperó en la calzada la llegada del inspector Warden.

Apareció un vehículo a gran velocidad.

Un «Mercury».

Los faros cegaron momentáneamente a Lemmon.

Se detuvo con ruidoso chirriar de frenos.

—Hola, Clive —sonrió Randy Parker, asomando el rostro por la ventanilla—. Sube. La humedad de la noche puede hacerte daño.

Lemmon, aunque sorprendido, hizo ademán de apoderarse de nuevo de la pequeña «Wilkinson».

Detuvo su intento.

En el asiento trasero del «Mercury» estaba Stephanie Hoffman. Atada y amordazada. Warren Burnett apoyaba el cañón de un revólver en la sien de la muchacha.

* * *

El «Mercury» había realizado un largo recorrido hasta detenerse en una de las zonas más solitarias del muelle de San Francisco.

—Nos has complicado mucho las cosas, Clive. Voy a tener que adelantar los planes. Quiero el millón de dólares ahora. Esta misma noche.

Lemmon chascó la lengua.

Dirigiendo una fría mirada a Parker.

—Dudo que acepten, Randy. Tú no has cumplido lo pactado. Has entregado una copia del dossier a Leyla Rozanov, agente de la KGB. Fue ella la que os dio el aviso, ¿no es cierto? Leyla me delató.

—Reconozco que nos hemos dejado llevar por la ambición. Esa tal Leyla es endiabladamente astuta. Consiguió localizar a Warren después de su rápida salida del Snake Center. Platiqué con ella y llegamos a un acuerdo, pero más tarde decidí dar marcha atrás. No acudí a la cita.

—Mientes.

—Puedes preguntar al FBI —sonrió Randy Parker—. Se llevaron detenida a Leyla. Me informó un amigo que tomaba una copa en el Impact Club. No he hecho ninguna otra copia del negativo. No os queda más alternativa que confiar en mi palabra.

—Okay.

—Perfecto, Clive. Ahora irás en busca del millón de dólares. Conduciendo tu viejo «Mustang» enfilrás por la autopista de San Bruno. Sigue bordeando la costa en la ruta de Monterrey. Te detendrás en todas las gasolineras que encuentres a tu paso. Ya estableceré contacto contigo. Si descubro que eres seguido por agentes del FBI volaremos la cabeza a Stephanie. Sin contemplaciones. Adviérteles que no amenazamos en vano. Ya puedes irte.

Lemmon giró la cabeza.

Dirigiendo a Stephanie una última mirada.

En los ojos de la muchacha, nublados por las lágrimas, seguía latente el miedo.

Clive Lemmon descendió del auto.

—Un momento... Olvidaba un detalle importante... —Randy Parker retuvo abierta la portezuela—. Dentro de una hora estarás ya de camino hacia la autopista. Procura no demorarte.

Lemmon no replicó.

Se limitó a intercambiar una mirada con la muchacha, dedicándole una forzada sonrisa de esperanza.

Se alejó consciente de que no volvería a ver a Stephanie con vida. Estaba sentenciada.

Al igual que él.

* * *

El rostro de Gibson Warden aún permanecía rojo de ira. Los nervios a flor de piel.

—Maldita sea tu estampa... Ni deliberadamente lo hubieras hecho mejor. Despistaste a mis hombres con tus subidas y bajadas de tranvía, con tu deambular por los tugurios de Barrio Camp...

—Creí que era seguido por profesionales.

—¡Mis hombres...!

—Por favor, caballeros —intervino el profesor Hoffman, con

cadavérica palidez—. Dejen los reproches mutuos. Eso no conduce a nada.

Warden asintió con repetido y nervioso movimiento de cabeza.

—Tiene razón, profesor... Disculpe.

Clive Lemmon consultó su reloj.

Atrapó el maletín.

—Debo irme. Me quedan tan sólo quince minutos para salir a la autopista.

Peter Hoffman se aproximó.

—Señor Lemmon, yo...

—Haré todo cuanto pueda por su hija, profesor.

Clive Lemmon abandonó el despacho acompañado por el inspector del FBI.

Llegaron frente al «Mustang» estacionado frente al *bungalow*.

—Hemos camuflado un diminuto transmisor en el auto, Clive. Te seguiremos a distancia. No te preocupes. No seremos vistos.

Lemmon se acomodó frente al volante dejando el maletín sobre el asiento contiguo.

—No vamos a salir con vida, Gibson. Ni Stephanie ni yo.

Se miraron fijamente.

—Lo sé, Clive. Si quieren disfrutar del millón de dólares deberán eliminar a todo testigo, pero vuestra muerte no será en vano. Recuperaremos el dinero, el dossier, y los culpables serán castigados con todo el rigor de la justicia.

—Dudo que eso me sirva de consuelo. La Operación Utopía me importa muy poco.

—En ese proyecto está parte del futuro de Estados Unidos.

—¿De veras? —rió Lemmon, con amargo sarcasmo—. Creí que el futuro lo decidían tus colegas de la CIA. Adiós, Gibson.

—Clive..., encontrarás un revólver en el compartimiento de la izquierda.

—Ya sólo me falta la licencia.

—Procuraremos llegar a tiempo de...

—¡Eso ya no ocurre ni en las películas! —Lemmon apretó a fondo el pedal del gas.

El brusco arranque hizo retroceder a Warden.

El «Mustang» se alejó veloz por Arkin Boulevard.

Aunque el tráfico era reducido en aquellas avanzadas horas de la

noche, demoró en veinte minutos su encuentro con la autopista de Monterrey.

Fue deteniéndose en todas las gasolineras.

Ocurrió a unas quince millas de San Francisco.

En la gasolinera lindante al Corwin Motel.

Un «Chevy» salió del *parking* del establecimiento hotelero situándose paralelamente al de Lemmon.

Randy Parker al volante.

—Hola, Clive. ¿Te importaría sentarte a mi lado? Warren cuidará de tu «Mustang».

Warren Burnett apareció súbitamente junto al «Mustang».

Abrió la portezuela.

Clive Lemmon descendió atrapando el maletín y acomodándose en el «Chevy».

—Ábrelo, Clive. Quiero echar un vistazo al dinero.

Lemmon demoró unos instantes el cumplir la orden.

Los dedicó a contemplar cómo Warren Burnett se alejaba veloz con el «Mustang».

Randy Parker rió acariciando los amontonados fajos de billetes.

—Un millón de dólares... Creí que abultarían más.

—¿Dónde está Stephanie y el negativo?

—Cerca de aquí, Clive. Tranquilo. —Parker puso en marcha el vehículo—. Cuestión de minutos.

El «Chevy» recorrió unas trescientas yardas para luego desviarse por una comarcal.

En dirección contraria a la emprendida por Warren Burnett.

—Mi auto...

—¡Oh, no te preocupes por él! Interrumpió Parker. —Puedes utilizar éste para tu regreso con Stephanie. Warren abandonará tu «Mustang» después de recorrer unas cuarenta o cincuenta millas. Quiero que aparezca lejos de aquí. Simple precaución. Lo comprendes, ¿verdad?

Clive Lemmon fue incapaz de responder.

Imaginaba a los hombres del FBI siguiendo las señales del transmisor instalado en el «Mustang».

CAPÍTULO XI

La casa de campo, pese a la oscuridad de la noche, era visible a distancia. Se alzaba en medio de una amplia planicie.

También resultaba visible la avioneta.

Quedó momentáneamente iluminada por los faros del «Chevy» al estacionar junto a la casa.

—¿Qué te parece, Clive? Un
JS-777

cuatro plazas. Un *jet* para ejecutivos. En poco tiempo nos llevará a México.

Descendieron del auto.

Se abrió la puerta de la casa dando paso a Charles Walsh. En su diestra una «Ingram M-10». La terrorífica «Marietta».

—¡Lo hemos conseguido! —vociferó Charles al divisar el maletín —. ¡Lo hemos conseguido!

Pasaron al interior de la casa.

Había tres melenudos más.

—Amigos... os presento a Clive Lemmon —dijo Parker, dejando el maletín sobre una destartada mesa—. Éstos son mis compañeros Brian, Nicholls y Geer.

Los tres mencionados y Charles Walsh se habían lanzado sobre el maletín manoseando codiciosamente los fajos de billetes.

—¿Los contamos, Randy? —preguntó un individuo de rostro pecoso.

—Por favor, Geer... ¿Desconfías de la honradez del...?

Rieron a carcajadas.

—¿Dónde está Stephanie?

—¿Cómo?... Ah, sí... Tranquilo, Clive... ¡Eh, Brian! Registra, a nuestro amigo Clive.

El llamado Brian era un individuo de blanquecino rostro. Ojos muy saltones. Enfebrecidos. Sin duda acostumbrado a los «viajes».

Cacheó a Lemmon arrebatándole la automática «Wilkinson».

Randy Parker chascó la lengua.

—Malas ideas, ¿eh, Clive?

—Oye, Randy... Ya tienes el dinero. ¿Por qué no terminamos de una vez? Quiero largarme con Stephanie y el dossier.

—Correcto. Llévale con la chica, Brian.

Brian empuñó una «Luger».

Hizo una seña con el cañón del arma.

Abandonaron la sala.

—La última puerta del corredor —indicó Brian.

Clive Lemmon empujó la hoja de madera.

Sí.

Allí estaba Stephanie. Sentada frente a una mesa. La muchacha se incorporó corriendo hacia Lemmon.

—¿Les ha entregado el dinero?

—Sí, Stephanie.

—¡Nos van a matar! —sollozó la joven, histérica—. ¡Tienen intención de matarnos a los dos! ¡No nos dejarán salir con vida!

—Tranquilízate, Stephanie...

—La policía... El FBI... ¿Por qué no acuden?

—Pronto llegarán.

—¿Es cierto eso? —preguntó Stephanie, con un brillo de esperanza en los ojos—. ¿Te han seguido?

—Por supuesto.

—Pero... pueden haber perdido tu pista..., desorientarse...

—No, pequeña. Siguen las señales de un transmisor camuflado en la cerradura del maletín del dinero —mintió Lemmon—. Tranquila. Ahora salgamos de aquí. Puede que les convenza.

Clive Lemmon, rodeando protectoramente los hombros de la joven, salió al corredor donde les esperaba el melenudo Brian.

Se encaminaron al salón.

Stephanie se separó bruscamente precipitándose hacia Parker.

—¡Tenemos que marchar, Randy! ¡El FBI llegará de un momento a otro!

—No es posible que...

Stephanie señaló el maletín del dinero.

—¡Hay un transmisor en el cierre!

Nicholls extrajo con rapidez una navaja. Forzó en la cerradura del maletín hasta hacerla saltar.

—Aquí no hay nada...

Stephanie parpadeó confundida.

—Clive..., él me dijo...

Randy Parker rió a carcajadas.

—Has picado el anzuelo, nena. Te tendió una trampa... Eres muy astuto, Clive. ¿Cómo has llegado a sospechar de Stephanie?

La mueca de estupor en Clive Lemmon resultaba casi cómica. Reaccionó moviendo lentamente la cabeza.

—No, Randy... No sospechaba de Stephanie... Le dije lo del transmisor para animarla...

—Eso quiere decir que no existe tal transmisor... —Palmoteó Brian—. Fue buena idea el que Stephanie fingiera hasta el último momento. Así sabemos con certeza que no corremos peligro alguno.

Randy Parker abarcó la cintura de la muchacha a la vez que dirigía una burlona mirada a Lemmon.

—Me has desilusionado, Clive; aunque también reconozco que resultaba absurdo sospechar de Stephanie.

—No del todo. Sólo una persona muy ligada al Laboratorio Atómico de Millsburg o al profesor Hoffman pudo microfotografiar el dossier de la Operación Utopía. Vosotros, pandilla de estúpidos, seríais incapaces. Apuesto a que todo el plan surgió de Stephanie.

—Sí. Todo fue idea mía —respondió Stephanie, altiva—. Estoy enamorada de Randy. El es diferente a todos. A los petimetres de la universidad, distinto a los, jovencuelos del círculo de mis amistades... ¡Diferente a todos!

—Seguro. Randy es una rata del asfalto —dijo Lemmon—. No has elegido bien, Stephanie. Te has dejado deslumbrar por un astuto indeseable que te ha manejado en su provecho.

—Te equívocas. Fue mía la idea de fingir un rapto para que entregaran el millón de dólares sin riesgo para nosotros. ¡He elegido al mejor! ¿Conoces a mi prometido, Clive? ¡Howard Lindfords! Mi padre, que siempre me colmó de caprichos, me impuso el unirme a ese engendro. ¡Un hombre que me dobla en edad! Con Randy seré feliz. Me ama. ¡Y el millón de dólares nos permitirá disfrutar de la vida!

—Randy te tentó... te insinuó la forma de conseguir dinero... Pobre ilusa. ¿No lo comprendes, Stephanie? Randy te desprecia. Oda a todas las de tu clase... Te ha utilizado.

—¡Mientes! ¡Nos vamos juntos a México!

—¿De veras? Demasiados pasajeros para una avioneta de cuatro plazas. ¿Quién va a quedarse en tierra, Randy?

—Más bien bajo tierra, Clive —sonrió Parker.

Stephanie parpadeó.

—Randy... ¿No será cierto...?

Los azules ojos de Parker adquirieron un destello de odio.

—Tiene gracia. Cuantos más estudios poseen, más fáciles son de engañar. Eres torpe incluso haciendo el amor, nena. Contigo no compartiría ni el trono de Inglaterra.

—Pero yo... lo he hecho por ti... Todo lo he hecho por ti, Randy... Sólo por ti... No puedes abandonarme...

—¿Abandonarte? Haré algo más que eso. ¡Voy a enviarte al infierno! No te preocupes. Clive te acompañará.

Lemmon encendió un cigarrillo.

Con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Nos acompañará alguien más. Randy es de los que no comparten con nadie.

—Te admiro, Clive. Realmente te admiro y lamento tener que liquidarte —dijo Parker—. Tratas de enfrentarnos, ¿verdad? Tú lo has dicho antes. Soy una rata del asfalto. Al igual que Charles, Warren, Brian, Nicholls... Afortunadamente no estamos fichados por la policía. Nos has descrito en muchas de tus novelas. Jovenzuelos que luchan en la jungla de asfalto. Deberías saber que las ratas no se devoran entre sí. Somos cama— ratas que...

El movimiento de Stephanie fue rápido. Súbitamente se apoderó del revólver acoplado en la funda sobaquera de Parker.

Y apretó el gatillo.

A quemarropa.

Randy Parker agrandó los ojos. Contemplando incrédulo el negruzco orificio que se había dibujado sobre su pecho. Muy cerca del corazón. Intentó taponarlo con ambas manos, pero la sangre se filtró por entre los surcos de sus dedos.

—¡Maldita! —gritó Charles Walsh—. ¡Ha matado a Randy!

Clive Lemmon no pudo impedirlo.

Cuando se abalanzó sobre Charles ya una mortífera ráfaga destrozaba el cuerpo de Stephanie.

Lemmon le aplicó un mortal golpe de karate. En el cuello. En la carótida. Un impacto que repercutió en su corazón originando la muerte.

Se apoderó de la «Marietta».

A tiempo de responder al fuego de los otros tres individuos.

Aventajándoles.

Apretó el gatillo hasta vaciar los treinta y dos cartuchos del cargador.

El crepitar de los disparos tronó en el silencio de la noche. Y luego una total y espeluznante calma. Un silencio envuelto por el acre olor a pólvora, sangre, muerte...

EPÍLOGO

Clive Lemmon terminó la lectura.

Alzó la mirada hacia el inspector del FBI.

—¿Por qué tengo que firmarlo? Ésta no es mi declaración.

—Hemos hecho algunas modificaciones. Firma y podrás disfrutar de los cincuenta mil dólares.

—Creí que ya eran míos.

—El documento dice que recibirás los cincuenta mil siempre que se recupere el dossier y Stephanie Hoffman fuera rescatada con vida. Tenemos el dossier.

—Pero Stephanie...

—Está muerta —interrumpió Gibson Warden—. Lo demás no importa.

Lemmon sonrió.

Se encogió de hombros.

—Okay. Firmaré mi... declaración. Felicita al autor. Tiene imaginación al narrar la muerte de Stephanie, víctima de asesinos sin escrúpulos y...

—¡Maldita sea, Clive! ¡Cierra la boca! ¿No lo comprendes? ¡Descubrir la verdad de lo ocurrido destruiría la vida del profesor Hoffman!

—¿La vida o su carrera de científico del gobierno?

—Ambas.

Lemmon firmó la declaración.

—Fue una suerte que Warren terminara cosido a balazos en el enfrentamiento con tus hombres. Yo liquidé a los restantes. Nadie podrá desmentir la historia. Felicidades y hasta nunca, Gibson.

—Un momento, Clive. Has llegado en el auto de Leyla Rozanov, ¿no es cierto?

—Ahá. Vamos a almorzar juntos a Bosque Muir. Es una buena chica. Y pensar que llegué a sospechar de ella cuando lo cierto es que fue Stephanie la que dio aviso a Randy de... Bueno, olvidémoslo. ¿Qué ocurre con Leyla? Creí que ya no pesaba ningún careo contra ella.

—Por supuesto que no, Clive. El retenerla fue para quitarla momentáneamente de la circulación. No hay cargos contra ella. Incluso nos hemos disculpado ante la embajada rusa. Leyla Rozanov piensa permanecer algún tiempo en Estados Unidos. Estudios, ¿sabes?

—¿Y bien?

El inspector Warden forzó una sonrisa.

—Parece que tú y Leyla habéis entablado una buena amistad. Eso puede resultar interesante. Nos consta que ella es agente de la KGB. Astutamente puedes sonsacarle datos o informes..., incluso convencerla de que colabore para nuestra causa.

—¿Nuestra causa?

—No sería la primera agente soviética que se pasara al servicio de inteligencia norteamericano. Piénsalo, Clive. Tu futuro, aun con esos cincuenta mil dólares, no es muy prometedor.

A los ojos de Lemmon asomó un brillo irónico.

—No debo preocuparme. Estoy en el país del «futuro y esperanza».

—No te hagas el gracioso. En un abrir y cerrar de ojos puedo amargarte la existencia de por vida. No juegues con nosotros. Es muy peligroso.

—Lo sé. De ahí que quiera permanecer al margen.

—¿Significa eso que no tratarás de convencer a la muchacha?

Lemmon sonrió.

Fríamente.

—¿Convencerla? ¿De qué, Gibson? ¿Del paraíso made in USA? No se me ocurriría ni en la más fuerte de mis borracheras. Tampoco ella intentará llevarme al bando ruso.

—Seguro. Tú nada puedes ofrecerle. Ninguna información de interés. Nada. ¿De qué le sirve un fracasado?

Clive Lemmon se encaminó hacia la puerta.

Giró para posar su mirada en Warden.

—Jamás lo entenderías, Gibson. Puedo ofrecer mucho a Leyla.

Al igual que ella a mí. Claro que eso, para vosotros, sí es utopía.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.